

## LA CATEDRAL DE LEON.

## II.

NUEVA EDIFICACION POR ALFONSO IX, Y VICISITUDES  
POR LOS VICIOS DE CONSTRUCCION.

Estaba para terminar el siglo XII y ocupaban el trono Alfonso IX y su esposa doña Berenguela, cuando el obispo D. Manrique de Lara, de la nobilísima casa de los señores de Molina, movido por su propia piedad y acaso también por los edificantes ejemplos de los monarcas, concibió y trató de llevar á pronta ejecución el proyecto de la nueva iglesia sobre la antigua. La historia no registra el nombre del artista insigne de que se valió para realizar su pensamiento tan esclarecido prelado. Únicamente se sabe que 23 años ántes que comenzase la nueva fábrica, era maestro de la obra de la catedral Pedro Cebrian, como se lee en una escritura del archivo. De los que continuaron la obra, que duró por espacio de cien años, solamente hay noticia del maestro Enrique, que era también de la obra de la catedral de Burgos, y murió en 1277.

Se abrieron los cimientos del nuevo edificio sobre un suelo de aluvion compuesto de arenas, cascajo y cantos, hasta la posible profundidad, en que se tropezaron ya las aguas y se hizo un tendido horizontal de hormigon con buenas condiciones, teniendo la altura de los cimientos sobre dicha planicie hasta el pavimento del templo once piés y medio. Su planta fué la de cruz latina con una nave central de sorprendente elevacion, sostenida por doce columnas en cada lado, que cierran el ábside, y cuatro en la nave crucera; y otras dos naves laterales de menor altura y algo más de la mitad de anchura que la principal, que, siguiendo al otro lado del crucero, rodean el ábside, en el cual se hallan siete capillas, una de las cuales sirve de paso á la magnífica titulada de Santiago, que fué construida cerca de dos siglos después. El pensamiento es de lo más atrevido y aún arriesgado; sus proporciones esbellísimas y sus relaciones entre vanos y macizos perfectamente combinados; pero la calidad de sus materiales deja mucho que desear, y su mano de obra aparece muy descuidada; bastando decir que la piedra, de limitadas dimensiones, y por

consiguiente con poca trabazon; es arenisca y floja, permitiendo que las aguas y los hielos la destruyan y hagan barro; que los tendeles son tan gruesos, que en muchas partes pasan de cuatro centímetros de espesor, y que se ha hecho con tanto descuido, en lo general, la colocacion de la piedra, que debajo de un sillar se ha encontrado un rodillo de chopo, y el piso del triforio se halla en un lado quince pulgadas más alto que en otro. Tuvo además esta obra la fatalidad de que en las guerras del primer siglo de su construcción se convirtiera en baluarte por una de las facciones que aspiraban á la corona del reino, de cuyas resultas sufrió grandes destrozos. Bien pronto se hicieron manifiestos los vicios de su construcción, porque á mediados del siglo XIV hubo ya que dar un buen apoyo á las fachadas de Poniente y Mediodía, agregando á las mismas un pórtico de contravesto cuyas esculturas en la principal, á falta de otros datos, manifiestan bien la época por su estilo más delicado, siendo entonces sin duda cuando se macizaron los vanos laterales de todas las ventanas altas y los de las del triforio, quedando sus seis vanos reducidos á cuatro como en aquellas.

No se manifiesta indicio alguno en la fachada Norte de que se hiciese portada alguna para su refuerzo como en las otras dos, y esto debió consistir en que no azotando los vientos huracanosos por este lado, no producían el mismo efecto; ó bien porque ya se ejecutaba ó había ejecutado la antigua iglesia en que ahora se hallan los altares de Santa Teresa y de San Andrés, cuya obra le da tanto ó mayor apoyo que aquellas. Esta fachada era muy semejante á la de Mediodía; todavía se halla abierto el vano ojival y subsisten las argollas de la puerta ocupada por el altar de Santa Teresa, é indudablemente la entrada al templo por este costado era la más concurrida, porque el antiguo recinto, y consiguientemente la población, se extendía más por esta parte. Llegado el siglo XV, más sosegado y de mayores recursos, se completaron algunas obras que estaban en suspenso, tales fueron el tímpano de la fachada Norte en 1444 y la torre del reloj en 1472. En el reinado de los Reyes Católicos se restauró la torre de las campanas, y quizá entonces se coronó todo el edificio con nueva cornisa de buena piedra, cuyo perfil y entalles anuncian la época de transición, quedando así libres las ventanas altas de la ruina que las amenazaba. Por los años 1537 en

\* Véase el número anterior, pág. 1.

que el célebre Badajoz era arquitecto de la catedral, levantó en la fachada principal el Atico, en el cual se representa la Anunciacion de Nuestra Señora, coronado de un extenso corredor sobre el que se eleva un cuerpo aislado con roseton calado y agudo, flanqueado de dos torrétas exagonales que á gran distancia se destacan con buen efecto, però que, bien considerado, de cerca produce una impresion contraria á la belleza del tipo original, y contribuye con la excesiva proyeccion del citado corredor y su excentricidad, al desplome que se advierte en dicha fachada. A poco tiempo debió seguirse la reparacion de los arbotantes y exornacion de los pilares en que estriban, porque éstos, en la parte del Mediodía, son propiamente del estilo del Renacimiento y uniformes entre sí, con sus cuerpos resaltados, á manera de capillitas ornamentadas con sus pequeños frontones y jarroncitos, y continuando la elevacion á la par del tejado con los acostumbrados pináculos decorados de aristas molduradas y una serie de hojas, terminan su cúspide con una especie de flor de lis. La reparacion de los arbotantes del costado Norte, indica, por la forma de los pilares de su estribacion, una época ya posterior al buen gusto del Renacimiento, faltándoles ya la regularidad y simetria, pues cada uno termina y difiere enteramente de su inmediato, como producto de diferentes engendros.

La bóveda crucera debía hallarse por los años 1635 muy resentida, ó más bien arruinada, como no podía ménos de suceder segun se habían separado de ella los cuatro pilares fundamentales por curvatura adquirida á impulso de fuerzas cruzadas sobre la debilidad y mal asiento de los materiales de los referidos pilares. Esta gran curvatura causaba la admiracion de los inexpertos, que la juzgaban como obra atrevida y de mérito, hecha al intento desde un principio, y ésta creencia ha durado hasta nuestros dias. Entónces el arquitecto D. Juan de Naveda, cediendo á las exigencias de la opinion preponderante, que consideraba rebajado el mérito de esta catedral tan celebrada por carecer de una cúpula como en otras se ostentaba, emprendió la construccion de ésta, apartándose del estilo gótico y eligiendo la clásica arquitectura, comenzando por variar la forma ojival de los arcos torales, sobrecargando su trasdós con otros sillares de paramento y la agregacion de otras dobelas de medio punto, con lo que recibieron una carga de 11.000 arrobas.

En 1637 parece estaba suspendida la obra de la media naranja, pues el mismo arquitecto informó al Cabildo de esta suerte: «Conviene en primer lugar que la obra de la linterna se sobresea por algún tiempo, cubriendo como se debe la media naranja y tejados de manera que las aguas no humedezcan las pechinas, que cada dia estarán más lucidas, y

»las aguas que sobre ellas *cayen* continuamente las humedecerán y sería posible por trascurso de tiempo *recebir* algun daño.» ¿Cuál pudo ser la causa de una suspension de 74 años? Todo induce á creer que se suscitaron nuevas dudas y vacilaciones sobre el acierto ó desacierto de una obra emprendida sin la debida reflexion y madurez. Recogidas las aguas, debió calmarse aquel anhelo tan vehemente, puesto que duró sobre 40 años más la suspension de la obra, al cabo de los cuales, consultadas las celebridades de la época, fué D. José de Churriguera ó alguno de su escuela el que ideó sobre los cuatro pilares fundamentales, que llegaban á la altura del tejado, la ereccion de otros cuatro de 68 piés de elevacion, con cuatro de grueso y diez de tizon en direccion al centro de la cúpula, como efectivamente se ejecutaron con el objeto de cruzar unos arbotantes que, arrancando de una altura conveniente y direccion diagonal, abrazasen el anillo en que debía sentar la linterna, y que al paso que la sostuviesen, rechazasen el esfuerzo que ejercían las partes voladizas, que sobresalían siete piés del vivo, sentando tres solamente de los diez de su tizon. La construccion de los arbotantes, además, no debió ser muy esmerada, pues ninguno concurría al punto designado, segun la declaracion jurada que hizo más tarde el arquitecto D. Fernando de las Casas y Novoa, diciendo «*estar mal obrados que luego le hicieron dudar en la firmeza y permanencia que se requiere en obra tan grave y de tan considerable costa,*» etc. Contemporáneamente, otro maestro arquitecto, D. Andrés Hernando, en igual declaracion, dijo respecto á estos arbotantes «*que habian de mantener el anillo y demas peso conforme á la traza se habia de echar sobre él, no llegan con una misma igualdad á recibir su anillo y cornisa como debieran segun arte,*» etc.

Nadie hizo mencion de la excentricidad de los pilarones y, así, al paso que desmontaron los arbotantes dieron, tanto el uno como el otro de aquellos arquitectos, por seguros los referidos pilarones; de suerte que cuando fué llamado el arquitecto de la catedral de Salamanca, D. Pantaleon del Ponton Setien, en 1711, se comprometió á hacer sobre la media naranja una linterna conforme á las trazas que presentó con toda firmeza y seguridad, la cual «*tuviere de elevacion interior 55 piés, y por lo exterior que hiciere correspondencia á lo mejor de la similitud que tiene esta Santa Iglesia,*» cuya obra habia de ejecutarse con piedra franca de Boñar, «*debiendo tener pilastras, festones y otras cosas que hacen agradable la vista,*» y fué ajustada en la cantidad de 96.000 reales vellon. Dadas sus disposiciones y medidas á los obreros, marchó Setien, en tanto que éstos labraban los sillares, á evacuar

otros compromisos; mas la resolución de cargar la cúpula después de tanta dilación y controvertidas opiniones, no debió ser tan firme que no produjese nuevas dudas, y así no es extraño que el mismo Cabildo quisiera asegurarse más del buen éxito consultando nuevos peritos, y entre ellos á un D. Pedro Fernandez Cardeño, monje benito, quien dió nueva traza, conviniendo en la erección de la linterna de piedra y añadiendo á ésta y á la cúpula *«bastantes cabezas de serafines, molduras, entalles, espejos, volutas con chicotes,»* etc., etc., que debió satisfacer á Su Ilustrísima *«por tener agradables sombras que hermosean por la oposicion que hacen á lo blanco.»* Esta traza debió remitirse á Setien, el cual convino en hacer estas adiciones, retardando la obra y dando lugar á nuevos cálculos y combinaciones. A pesar de la seguridad dada en el informe y proyecto del monje Cardeño, todavía, y no obstante lo avanzado en la labra de la linterna, el Cabildo volvió á reproducir la idea ya desechada, que había propuesto el mismo Setien, de hacer de hierro la linterna; pero durante estas vacilaciones, Dios llamó para sí al maestro Setien de Salamanca.

Si la poco meditada y absurda implantación de los cuatro pilares fué respetada por el arquitecto Ponton de Setien, por el monje Cardeño y por otros varios maestros que de orden del Cabildo visuraron la cúpula á poco de la muerte de aquel, no pudo ser sino por influencia de parte, por el respeto al profesor que los erigió, al mucho coste que debieron tener, ó al temor de perder aquella obra, cuyo empingorotado aspecto se abordaba perfectamente con el de la cúpula, por más que ésta fuese tanto ó más impropia que aquellos del verdadero y severo carácter del edificio. Era preciso que trascurriesen veinte años más de indecisión para llegar á un acuerdo en que interviniese el Real Consejo de Castilla, con el fin de resolver tan debatida cuestión. Con efecto, nombró á los tres arquitectos D. Felipe y D. José Alvarez de la Viña y á D. Pedro Valladolid, los que en 16 de Febrero de 1734, previas las formalidades acostumbradas, emitieron un luminoso informe, y después de dar las razones oportunas, demostraron que la media naranja llevada hasta el punto de erigir la linterna, á pesar de haberse intentado varias veces por arquitectos de nombradía, *«no era posible cargar sobre aquella peso alguno ni perfeccionar otra obra mientras no se desmonte el todo de la misma juntamente con los cuatro pilares fabricados sobre los macizos principales hasta llegar á la cornisa de donde hoy mueve dicha media naranja, reservándose el exámen de ésta para cuando se hubiese desmontado aquella, por no poderse apreciar su verdadera trabazón y firmeza.»* En 25 de Mayo de 1737, esto es, tres años después, seguía la cuestión

de cúpula y pilares sin resolución alguna, cuando el arquitecto D. Narciso Thomé y Miró fué encargado del proyecto del gran retablo mayor, como asimismo de un dictámen sobre la obra de la cúpula, respecto de la cual dió su parecer en los siguientes términos: *«Soy de parecer que Vuestra Ilustrísima no se empeñe en hacer la obra que falta para rematarla, pues es muy aventurado cargar sobre tan débiles y flacos fundamentos, pues la media naranja que está hecha es tan desamparada, que la faltan las fundamentales fuerzas para resistir la gravedad del peso que desde el anillo arriba se sigue hasta rematarla; pues aunque la disposición de los cuatro pilares y botareles nuevos que están hechos para que supliesen lo débil de sus fuerzas pueden ayudar en la plantificación de dicha media naranja y tener con precisión ella que recibir el peso del empilastrado que forma ventanas de la linterna hasta dichos botareles nuevos, y éstos unidos con dicho empilastrado y anillo de dicha linterna; todo hace peso, llamando á su centro, por lo que soy de sentir se pueda seguir con esta obra segun está delineada, y sólo podrá resistir dicha media naranja en la forma que está el hacer la linterna de estuque imitando á la piedra por lo interior, y por lo exterior haciéndola de madera y empizarrada.»* Con esta última cláusula consoló Thomé los desfallecidos ánimos de los que abogaban por la conservación de lo hecho; pero por entonces todo quedó en suspenso, pues urgía atender á la grandiosa y teatral máquina del retablo, á la traslación del coro para ponerle donde más estorba, aun contra la antigua liturgia, y poco después fué hecho el nuevo y magnífico órgano, de no menos aparato que el retablo, como producto de una misma fantasía. Llegó, por fin, su turno á la desvencijada cúpula, la cual fué reforzada en sus riñones con obra de ladrillo, construyendo además en rededor suyo una cerca cuadrada de sillarejos, que tampoco aligeró en nada la carga de los desquebrajados pilares fundamentales. Sobre la cúpula se armó la linterna ochavada, de madera pintada en lo interior y forrada de plomo en lo exterior, cubriendo con pizarra desde el anillo al extremo de la cerca de sillarejos y terminando con su correspondiente bola, cruz y veleta. En esta ocasión tuvo lugar la reforma decorativa propuesta por el monje Cardeño, pues se hicieron los rehundidos moldurados, se modelaron sobre las pechinas los cuatro Santos Doctores de la Iglesia de tamaño colosal, clavando en sus juntas y tendeles largos clavos de á cuarta, tercia y media vara, entrelazados con alambre, á fin de contener lo modelado, en que se empleó para cada uno sobre 80 arrobas de yeso. Se modelaron asimismo las ocho Sibilas, algo mayores del natural, en los espejos de la media naranja correspondientes á los arcos torales, ase-

gurados tambien con clavos más pequeños, por ser de menor relieve, y se añadieron los festones y hasta los chicotes y volutas.

Al terminar el siglo XVII bullía ya la idea de alzar una espadaña (que así la nombraron) sobre la fachada Sur, y el maestro D. Manuel Conde Martínez presentó al Cabildo dos trazos en una misma hoja con el fin de cotejarlas, en una de las cuales reproducía la peraltada forma de isósceles que se halla en la fachada opuesta, conocida con el nombre de Alcachofa, si bien con la agregacion de algunos perifollos y arrumacos de mano inexperta, propios de la época, acompañando á dicha espadaña sus respectivas torretas colaterales. El otro proyecto más ingenioso, variado y original, fué, no obstante, la pesadez de sus perfiles y poca relacion entre los varios cuerpos de su conjunto, muy del agrado de Su Ilustrísima, pues que sirvió de tipo para una nueva traza, más esbelta, proporcionada y mucho mejor ornamentada, que más tarde se llevó á cabo; mas los grandes dispendios que debieron causar las obras que se meditaban y que efectivamente se realizaron, debió suspender la ejecucion de este pensamiento.

La capilla de Nuestra Señora del Cármen, primera del ábside en el lado de la Epístola, al terminar las completas el 8 de Enero de 1743 se arruinó improvisadamente. Las causas se dejan adivinar, mediante á que la pared exterior se halla con seis pulgadas de desaplomo hácia lo exterior. Acaso el pilar que hay en su centro sería de mala piedra, como lo es toda la de la primera creacion, y cargado con el excesivo peso que todavía tiene sobre sí, hubo de desgajarse, pues todo él se hizo de buena y nueva piedra, así como la bóveda que en él estriba, y que acaso sea la única que hay de rosca de ladrillo. Quizá entónces se cerró el ingreso de la tercera portada de la portada Sur, que permanece tapiada de sillares, y se efectuaría el empelechado exterior que se hizo al torreón llamado Silla de la Reina, que poco ó nada favorece á la estabilidad del mismo.

Llegó en esto el año 1755 y el terremoto que asoló á Lisboa y se extendió gran techo, obligó instantáneamente á la reparacion del esbelto roseton de luces de esta fachada, que con tan brusca sacudida sufrió gran detrimento, pues siendo de mala calidad la piedra, se habia corroido con las aguas, hielos y el sol, y sus delicadas piezas, perdiendo una parte de su grueso, habían quedado sin la fuerza y trabazon necesaria. Pero se creyó entónces que, para dar mayor robustez á la fachada, convenia macizar aquel espacioso hueco, dejando dos ventanas gemelas con un pequeño ojo entre sus ojivas, tal cual se ve en las láminas que mandó abrir el Cabildo en 1790, y se hallan en la obra del Padre Risco sobre la iglesia de Leon, tomo II, cuyo gusto se halla muy distante del primitivo, y á mayor abundamien-

to de carga se macizó tambien el lindo peristilo exterior del triforio.

No se tuvo en cuenta al ejecutar estas obras la de aplomar, ó por lo menos contener el desplome de la fachada, creyéndose suficientemente robustecida para soportar la inmensa balumba del ático romano y elegantes torretas, erigido todo sobre la cornisa de la fachada. Y ciertamente su composicion afiligranada y su culminante aspecto formaba todo un conjunto agradable, aunque heterogéneo, para los preceptos del arte, y mucho más inconexo si separadamente se le examina en sus detalles. Esta gran mole se hallaba sobre el principal arco de primitiva construccion, estribando en los flancos ó contra-fuertes angulares de la fachada, delicados ya por sus malos materiales, y debilitados además por el hueco de las escaleras que comunicaban á lo más alto, los cuales paulatinamente iban dando mayor extension á la ságitá de aquel, y acrecentando al propio tiempo el desplome á lo exterior. Los daños causados por aquella fortísima trepidacion fueron considerables, por eso se observan muchas reparaciones que datan de aquella época, en el cerramiento de los pasillos, en los triforios y en los andenes, que llaman del escamado, en varias piezas ajustadas en las grietas de las ojivas de las ventanas, y en el estucado de otras no pocas hendiduras, etc., etc.

Tampoco es fácil averiguar cuándo ni por qué causa fueron suprimidas todas las vidrieras que decoraban el triforio y debian producir un mágico efecto, ni las del cuerpo bajo ó sea del corredor que flanquea las naves laterales. Varias son las razones que á primera vista se ofrecen respecto á la supresion de estas últimas, cuales son los gastos de reparacion por la mayor exposicion á fracturas en una poblacion en que la educacion no ha inspirado el debido respeto á los monumentos, y la demasiada facilidad para la invasion de templo. Por lo que respecta á la supresion de las vidrieras del triforio no se comprende la causa tan fácilmente, si bien pueden suponerse varias. Una de ellas el descuido en la limpieza de las gárgolas para que las aguas llovedizas no se detuviesen y su curso fuese expedito, lo que bien pudiera conseguirse con una vigilancia más esmerada; pero sucedía que las naves laterales divertían sus aguas á los dos lados, uno de los cuales era á la gárgola practicada sobre los arcos de la pared intermedia, y esto debía causar mucho embarazo y producir continuas obstrucciones. Se encontró, pues, allá *in illo tempore* un medio expedito y muy económico de salvar esta dificultad, y este fué el de dirigir las aguas todas al lado de la pared exterior, con lo que el cuidado de la limpieza se disminuyó considerablemente. Efectuado este proyecto, vino á dar un resultado económico, porque las vidrieras quedaron bajo el nuevo sistema ase-

guradas para lo sucesivo, y la supresion de las demas suministró un repuesto de material para los apaños sucesivos de las restantes vidrieras; por lo cual no es extraño, en tales remiendos, ver una cabeza con tres ojos. Se tabicaron, pues, con adobes los vanos que ocupaban las vidrieras, tanto del triforio como de las naves laterales, desapareciendo para siempre, además de aquella serie de efigies tan significativas, los episodios del antiguo y del nuevo testamento que tanto impresionaban la imaginacion de los que no conocían otra lectura de la Biblia. Del representado que tuvieron las vidrieras de las naves menores, podría suponerse un remedo las pinturas que las reemplazan, si se atiende al estilo seco y trazado de los trajes y sus pliegues, y hasta lo extraño de las fisonomías; acaso fueron estas un calco de las mismas vidrieras, mas uno de los presuntuosos aficionados que las retocó despues, acabó de dar la última mano á la destruccion, quedando, sin embargo, un recuerdo de lo que fueron, pero de las de los triforios ni aún esto.

Fué tambien una de las innovaciones aplaudidas la de antepechar los triforios, como si aquel andén hecho para los operarios que tienen que cuidar de la limpieza tuviesen necesidad de él, á no ser que pretendieran utilizarlo para disfrutar de las grandes solemnidades. El buen efecto de aquel peristilo quedó con esto enteramente perdido, adquiriendo proporciones enanas y raquíticas de un modo monstruoso. Para esta obra mezquina, costosa y mal aconsejada, fué preciso intersecar las basas de todas las columnas por ambos lados, é inhestar en ellas grapas y pernos que les hizo bien poco favor. En el andén bajó se puso otro antepecho de tan distinto y depravado gusto, que ni por el arte, ni por la decencia, es propio de aquel sitio.

El gran resentimiento que por razon del terremoto tuvo la obra, y que indujo á la primera reparacion, había sido por lo pronto contenido, y hubiera producido mayor vigor y duracion, si fija la vista en los motivos que le ocasionaron, no se hubiese cargado y recargado despues con obras de gran peso, ó al hacerlo se hubiese considerado mejor el modo y manera de ejecutarlo con oportunidad y destreza, sin añadir nueva fuerza á las palancas que precipitaban su caída. Si conocida la tendencia de los pilares fundamentales á encorvarse, quizá por la mala disposicion de los pesados y mal dispuestos tirantes de las armaduras y por el exceso de los tendeles de los pilares, se les hubiera sujetado de alguna de las maneras que ofrece el arte y el ingenio adopta, y si en lugar de cúpula y de pináculos y de otros excesos se hubiera repuesto la bóveda crucera, no habrían empujado aquellos la fachada Sur hasta el alarmante extremo en que se la veia, ni el mal entendido socorro que se la prestó

despues de 1755 habría sido necesario, ni ménos llegado el caso de arrepentirse de él, cuando en 1849 volvió á reponerse el roseton. Era en esta época muy celebrada la fama del jesuita P. Ibañez, que tomó sus medidas, proponiéndose la idea de macizar el ambulacro del triforio y picar los estribos hasta dejarlos en la vertical, de la cual se apartaban 28  $\frac{1}{2}$  pulgadas; mas este plan no tuvo efecto á causa de su fallecimiento. Sustituyóle en esta empresa el arquitecto D. Fray Miguel Echano, monje benedictino, el cual, desechando ambos recursos (poco acertados seguramente) manifestó su gran práctica y destreza en la montea del roseton, porque preparadas ya todas sus piezas, comenzó por colocar la clave en primer lugar, sirviéndose por cimbra de la misma pared que había de demoler para ir colocando sucesivamente á uno y otro lado de aquella pieza las demas que componian el cerco y todo el roseton, terminando por la más inferior y opuesta á la clave, lo cual causó la admiracion de los inexpertos, por lo inusitado del método.

Para mayor refuerzo de su obra, endosó á los costados dos pilares de 16  $\frac{1}{2}$  piés superficiales de asiento, sobre el trasdor de los arcos de las portadas hasta la altura que creyó oportuna. La ejecucion fué buena y esmerada, las proporciones mucho más robustas que las del tipo fronterizo, y unos tres piés menor en su diámetro total. Bien daba á entender el P. Echano en sus conversaciones privadas, que su obra no sería de gran duracion, considerando lo desencajado de las bóvedas y la inversa curvatura de los arcos torales, pronóstico que se realizó ántes sin duda de lo que el entendido monje presagiaba.

### III.

#### RESTAURACION ACTUAL.

Apénas habían trascurrido nueve años, cuando el Excmo. é Ilmo. Señor Obispo Barbagero y el Cabildo de la santa iglesia de León, expusieron al Gobierno de S. M. la necesidad de que á la mayor brevedad enviase al arquitecto que juzgase oportuno para practicar un reconocimiento, en vista del estado alarmante que ofrecía la catedral. En efecto, con fecha 6 de Julio de 1858, el académico D. Narciso Pascual y Colomer recibió del Excmo. Señor Ministro de Gracia y Justicia la comision para reconocer el estado de dicha fábrica é informar sobre los medios más conducentes para remediar y contener su ruina, lo cual practicado, expuso la necesidad: primero, de contener con apeos las dos bóvedas del coro y presbiterio, contiguas á los respectivos arcos torales para evitar la ruina inminente que amenazaban; segundo, de preparar un estudio minucioso y prolijo en el levantamiento de

planos á diferentes *alturas y en secciones horizontales y verticales*, á fin de hallar los puntos en que *hayan de estribar los apoyos que se juzguen necesarios*, operaciones que exigen mayor detenimiento que para construir de nuevo.

Convencido el Gobierno de S. M. de tan peligrosa situación, expidió en 3 de Mayo de 1859 la Real órden de nombramiento á favor del actual director, que se trasladó á Leon el 28 del mismo, y despues de oír de los prácticos y arquitectos que hasta entónces habian intervenido en las reparaciones de la catedral, procedió á practicar desde la raíz de los cimientos hasta la cima del más alto pináculo, la medicion y aplomo de todos los lienzos y pilares, sin más ayuda que dos carpinteros y cuatro peones.

Geometrizadas las medidas y plomadas de los pilares fundamentales y de sus sobrepuestos, se vió que teniendo estos 10 piés de tizon y plantando sólo tres sobre los primeros, quedaban siete voladizos con un desplomo de más de dos líneas por pié, al paso que obligaban á los fundamentales en sentido contrario, y no obstante del contraresto oblicuo de las paredes de la nave mayor y crucera que marcaban ocho líneas de desplomo por cada cinco piés; si á esto se añade que dichos fundamentales se hallaban con los sillares partidos y grietados en sentido vertical, se comprenderá la premiosa necesidad que habia de desmontar los sobrepuestos pilares sin la menor dilacion. Esta determinacion, si bien necesaria, no podia llevarse á cabo sin comunicar al Ministerio las razones y obtener su vénia, ni sin manifestar al Cabildo de un modo palpable el absurdo consentido 125 años seguidos. Para que se comprendiera palpable el asunto, se circunscribió un cuadrado en derredor de la planta fundamental, se armó otro de listones á plomo del mismo y á la altura de la ventana inmediata, con el fin de salvar por ella los gruesos de pared, alzando otra plomada hasta el tejado ó planta superior en que se armó otro cuadrado de listones, lo cual dió á conocer la verdadera posicion en que se hallaban colocados los malhadados pilarotes. Alguno de los señores canónigos y capitulares tuvieron el gusto de ver la operacion y oír la explicacion práctica del hecho, y comenzando desde la planta inferior, siguieron haciéndose cargo del retranqueo, y luégo más arriba de la nueva retirada á la primera posicion de la planta. Entónces vieron que de los seis piés de lado en cuadro que tenia el pilar fundamental, dejaba tres libres para el ambulacro que circuye la cornisa, y los otros tres restantes para el asiento de los antedichos pilarotes que dejaban al aire los otros siete piés de tizon; y sorprendidos de un hecho tan evidente, quedaron convencidos y dispuestos á defender la demolicion ante aquellos que se condolían de ella. Al paso que se hacían estas observaciones, el

señor penitenciario (hoy Ilmo. Obispo de Guadix) hizo ver una grieta reciente en el cuerpo de la cúpula, que tres dias ántes no existía.

Con la demostracion de estos hechos no se hizo esperar la contestacion del Gobierno dejando á cargo de la Direccion el desmonte de los pilarotes, sin perjuicio de haber de dar cuenta á la Real Academia en su día de las razones convincentes que á esto obligaban; y dando desde luégo principio á la operacion, se fueron rebajando por túrno diagonalmente para conservar el equilibrio. La decision con que se habia emprendido este trabajo dió lugar á los más siniestros vaticinios y absurdas críticas, hasta llegar á atribuir al autor de la catedral la ereccion de aquellos pilares, cuya falsa implantacion no se conoció, que por lo churrigueresca distaba quinientos diez años del carácter puro y original del templo. Este dato vino despues á comprobarse cuando al alzar uno de los sillares se halló una moneda de plata romana del valor de dos reales, acuñada en el pontificado de Inocencio XI, que tuvo principio en 1676, en cuyá época murió Bernini, que fué el primero que descarriló de la senda del criterio y del buen gusto, dejando á Borromini como sucesor y fundador de tan singular escuela, á que perteneció D. José Churriguera, que la aclimató y fomentó en nuestro suelo, coineidiendo precisamente por los años 1710, en que se construyeron los tales pilares.

A pesar de la apasionada crítica y de las siniestras predicciones, que llegaron hasta infundir el terror en algunos obreros, el desmonte, que por cierto era bien penoso y arriesgado, se procedía sin la menor avería. Sucedió al principio que en una tarde de viento huracanoso se bamboleaban de tal modo los pilares que atemorizaba verlos; así es que los dos únicos operarios que entónces habia sobre uno de ellos se sintieron acometidos de tal temblor de piernas y vahidos que hubieron de suspender su maniobra. Descargados los pilares de un peso de 32.886 arrobas, y colocadas las veneras en las principales grietas, permanecieron éstas veinte meses sin el menor movimiento; prueba evidente que los tales pilarones habian contribuido en gran parte á la ruina de la catedral.

Conjurado así el inminente peligro que hubiera podido con el general desplome causar numerosas desgracias y daños en toda la fábrica imposibles de calcular, el arquitecto-director, despues del más detenido estudio acerca del estilo primordial de tan grandioso templo, de los defectos de su construccion y de la profanacion que se habia hecho del arte con las heterogéneas adiciones hechas en los siglos posteriores, convencido de que sólo habia dos medios para salvar aquel edificio para lo sucesivo, ya manteniendo el monumento con todos sus defectos de

construcción, ya restaurándolo completamente según el genio y pureza del arte que había precedido en su concepción y que caracterizó tan gloriosamente aquella época cristiana, llenó su difícilísima tarea presentando al Gobierno de S. M., en 22 de Diciembre de 1860, dos proyectos, uno de restauración, reducido á derribar y construir de nuevo toda la parte movida y desquiciada con la supresión de todas las adiciones viciosas é impropias de su carácter original, y el otro el atirantado de barrotes de hierro atravesando vanos y naves y perforando paredes y pilares para dar á la obra la trabazón necesaria é impedir los sucesivos desplomes.

Trasmitidos estos estudios á la Real Academia por el Gobierno, emitió en 26 de Junio de 1861 el informe siguiente:

«La Academia, que ha examinado con el mayor detenimiento estos trabajos, se cree en el deber de tributar un merecido elogio á la laboriosidad y celo del Sr. Laviña, ya ántes de ahora acreditados y ventajosamente comprobados en esta ocasión. El importantísimo problema cuya resolución le ha encomendado el Gobierno de S. M. está estudiado con esmero singular, y en sentido de la Academia con inteligencia y acierto, salvo los puntos que se permitirá hacer observaciones. Es indudable que la mayor parte de las obras agregadas á la principal ó primitiva desde mediados del siglo XV en adelante, no solamente han producido el daño de desfigurar y afear tan bello edificio con impropios y anacrónicos borrones, sino que han influido fatal y notablemente contra su solidez y seguridad con su desmesurado peso, con su excesiva elevación, y quizá más que nada con su forma aplanada, que con poco volumen presenta una enorme superficie á los embates de los vientos; pero de los datos reunidos por el Sr. Laviña en su Memoria y planos que la acompaña se deduce con toda claridad, que de todas las adiciones hechas á la obra primitiva, las que mayores daños han ocasionado han sido el frontón ó timpano de la fachada Sur y los cuatro pilastrones elevados casi sin apoyo sobre las pechinas, produciendo sobre los machones fundamentales del crucero un terrible empuje lateral ú oblicuo hácia lo exterior, que si bien han podido los machones del Norte por tener más y mejores contrarestos que los del Sur, han hecho resentirse á estos últimos hasta el punto verdaderamente alarmante que se observa. Esta opinión se comprueba perfectamente al recordar: 1.º, que dichos pilastrones cuando se desmontaron estaban desplomados hácia el centro del crucero, al paso que los machones fundamentales lo están hácia lo exterior; 2.º, que el movimiento de las fábricas ha cesado completamente desde que aquellos se desmontaron; y 3.º, que recientemente y después de verificado el desmonte,

se ha descubierto en el archivo de la catedral un dictámen facultativo dado en 1734 por tres arquitectos que la reconocieron por orden del Consejo de Castilla, los cuales propusieron como primera condición para la restauración del edificio la demolición de los referidos pilares, juntamente con la cerca ó recinto de la cúpula. Si ya entonces,—exclama en su Memoria el Sr. Laviña,—aquellos entendidos arquitectos señalaron estas construcciones como causa principal de la ruina de este precioso edificio, ¿cuánto daño no habrán causado en el trascurso de ciento veintiseis años? La misma convicción abriga la Academia en esta parte, y por lo mismo no puede ménos de aprobar como oportuna y necesaria la demolición de aquellos elevados cuerpos de construcción. Conforme está también la Academia con el Sr. Laviña en cuanto á los medios de restauración que propone; y sin pararse á demostrar las inmensas ventajas del primero sobre el segundo, pues el sistema de embarronado, aunque bien entendido, nunca sería una restauración propiamente dicha y si sólo un recurso para prolongar por unos cuantos años más la existencia de un edificio herido de muerte, cree con este entendido arquitecto que es necesario desmontar con todas las precauciones y esmero que el arte y la experiencia aconsejan los diferentes machones, arcos y bóvedas que él mismo designa en su Memoria, y volverlos á construir con todo esmero, aprovechando el mayor número de piezas que sea posible y reponiendo las que resulten inutilizadas, siempre bajo los mismos perfiles, plantillas y carácter que resulta de su atento y minucioso exámen: cree más la Academia, y no titubea en decirlo, cree que una vez puesta la confianza en un artista para dirigir una restauración tan importante y delicada como esta, donde arrostra compromisos gravísimos que no están compensados con el provecho material que puede reportarle, ni aún con la gloria que un éxito brillante pueda proporcionarle, puesto que arriesga su reputación toda si se le ocurriese un lance desagradable; la confianza debe ser completa y debe revestirse de todo el prestigio necesario, y de facultades amplias para hacer frente según su leal saber y entender á todas las eventualidades y accidentes imposibles de prever que puedan ocurrir en el curso de sus operaciones.»

MATÍAS LAVIÑA.

(Concluirá.)

## PORTUGAL DESPUES DE 1852.

### I.

Con el acta de 1852 se inaugura en Portugal un período de calma y de progreso tan constante como general y alentador. En ambas cosas influyen el espíritu de la reforma constitucional, la resolución de la dinastía de renunciar á la jefatura de un partido, la confusión y anulacion de los partidos políticos antiguos, la marcha de los sucesos en España, el cansancio y el disgusto que se apodera del país por lo que hace á las revueltas y agitaciones internas, y las numerosas reformas que en el órden económico se realizan por el Gobierno, con la mira de llevar la atención y el esfuerzo de las gentes hácia los intereses materiales. Por supuesto, que todas estas causas se compenetrán y determinan, y muchas son entre sí causa ó efecto respectivamente.

El acta de 5 de Julio fué el resultado inmediato de una insurreccion militar acaudillada por el mariscal Saldanha, personaje el más inquieto del Portugal contemporáneo, á quien se ha visto figurar en casi todos los partidos liberales desde 1828 acá, pero cuya importancia, cuyo valor, cuya inteligencia y cuyo prestigio, así entre sus compañeros de armas, como entre los hombres civiles, fuera imposible negar. A sus condiciones personalísimas, á su origen ilustre (pues que es nieto del famoso Pomal), une el ya anciano duque la circunstancia de ser militar (toque valiosísimo en los países latinos encariñados con los procedimientos de fuerza) y los méritos contraídos luchando desde el primer día, sin tregua ni descanso y en puesto de consideracion, contra el absolutismo, amén de la importancia que siempre da el haber intervenido constante y principalmente en todos los sucesos políticos acaecidos en el vecino reino desde la exaltacion al trono de doña María de la Gloria. Su carácter más acentuado había sido de cartista y conservador liberal, combatiendo repetidas veces á los radicales, hasta entenderse con estos en 1851 para derribar al conde de Thomar, que á la sazón significaba y pretendía entre nuestros vecinos lo que en España, y bajo la influencia de la reaccion francesa, triunfante con el golpe de Estado del 2 de Diciembre y la reconquista del solio de los Borbones por los Bonaparte, representaba y procuraba D. Juan Bravo Murillo.

Aquella insurreccion no costó una gota de sangre, lo cual así podía probar la flaqueza de la situacion vencida, como el cansancio del país. Vencedor Saldanha, fué convocado un Congreso en 1851, el cual, al amparo del artículo 143 de la Carta de D. Pedro, á la sazón vigente, que preceptúa los trámites para *mudar ó adicionar* la ley fundamental, votó los diez y seis artículos que revocan los 63 al

70, 133 y 134 de la Constitucion de 1826, reforman el 15, 75, 136, 137 y 138, y amplían ó explican los 28, 31, 33, 36, 132, 139 y 145; y que con el Código enmendado son hoy la base política del reino lusitano.

Estas enmiendas se refieren á la independenciá de los diputados, á quienes se somete á reeleccion caso de admitir gracias y honores del gobierno; al modo de eleccion de los miembros de la Cámara popular, sustituyéndose la eleccion directa á la indirecta, y fijándose las condiciones para ejercer el derecho electoral, entre las cuales figura la renta anual líquida de 100.000 reis, la mayoría de edad y los títulos académicos que dispensan de la condicion primera: al derecho de las Córtes á aprobar ántes de la ratificacion todo concordato ó convenio celebrado por el gobierno con cualquier potencia extranjera: á la comision del gobierno económico del municipio á los ayuntamientos de cada concejo elegidos directamente por el pueblo; á la limitacion de la legalidad del presupuesto al año para el cual es votado, suprimiéndose el precepto en cuya virtud «todas las contribuciones directas, á excepcion de las destinadas á los intereses y amortizacion de la deuda pública, establecidas anualmente por las Córtes generales, continuarían hasta que se publicase su derogacion ó fuesen sustituidas por otras;» á la administracion ultramarina que se sometía á leyes especiales, autorizándose al gobierno para que, caso de no hallarse reunidas las Córtes, «decretara las providencias legislativas que juzgare urgentes,» y á los gobernadores trasatlánticos para que, oido el Consejo provincial, tomasen «las providencias indispensables para el remedio de una necesidad tan urgente que no diera lugar á esperar la decision de las Córtes ó del gobierno;» y, por último, á la abolicion de la pena de muerte por delitos políticos.

Es innecesario dar relieve al sentido expansivo y democrático del acta de 1852, que ha hecho de la Constitucion lusitana uno de los Códigos políticos más liberales del mundo contemporáneo. Al empujar el duque de Saldanha á una gran parte del antiguo cartismo, quizá á la parte más brillante é ilustrada, y con ella á la mayoría de los elementos conservadores del país vecino, por la senda de las nuevas ideas y las últimas reformas, realizó, á no dudarlo, uno de los actos más políticos, de mayor prudencia y de resultados más positivos que en su historia registra Portugal. Para el éxito de aquella empresa ofrecía el partido avanzado portugués una condicion de inestimable valía. Aleccionado por la experiencia, desde 1836 no proclamaba ya el cambio total y absoluto de la Constitucion política del reino, no pretendía ya *hacer tabla rasa* de todo lo existente. Por el contrario, sus aficiones eran por

una serie de reformas y una verdadera legalidad comun; lo cual se demostró en la obra de 1838, que si de algo pecaba era ciertamente de consideracion á las ideas y los intereses del partido conservador, bien que la cosa no llegara al extremo de la complaciente Constitucion española de 1837, hecha, al decir de Martinez de la Rosa, por diputados progresistas con principios moderados. Pues bien, supuesta esta disposicion del partido liberal portugués, el acta de 1852 fué una idea felicisima. Por una parte, reanudó la legalidad (interrumpida con la insurreccion de 1851), toda vez que la reforma, hecha en Córtes, no revistió el carácter y las formas de una *nueva* Constitucion, si que se presenta como una modificacion de la Carta de 1826, modificacion prevista ya por el legislador. De otro lado, sirvió para constituir una legalidad comun, á cuyo amparo viven todos los partidos lusitanos, legalidad que respetan tanto los radicales como los conservadores, por cierto poco aficionados en otros países (en el nuestro, v. gr.) á dar influencia y ménos á franquear el camino del poder á sus adversarios, los cuales, por la indole misma de sus doctrinas, hacen todo lo opuesto con sus enemigos, nunca obligados por tanta abnegacion y lealtad. Esta legalidad comun sólo era posible con principios acentuadamente liberales; y sólo con ella se comprende que termine en un país la era de las conspiraciones y las revueltas. Todo esto ha sucedido en Portugal desde 1852; y en verdad que nadie ha tenido por qué arrepentirse de la absoluta libertad que la prensa y la tribuna gozan en aquel país y de las garantias de toda suerte con que, casi al igual que en Bélgica, Italia y la misma Inglaterra, el legislador se ha complacido en armar y proteger al ciudadano.

A esto hay que unir la sinceridad con que la dinastía aceptó y practicó el régimen constitucional. Unánime ha sido el juicio que sobre la tumba de la reina doña María de la Gloria se ha formulado respecto de las prendas morales é intelectuales de aquella respetable señora. De costumbres irreprochables, nada propicia al fausto, dotada de un carácter entero, modelo de esposas y madres de familia, severa en su trato é íntimamente identificada con la suerte de su tierra, doña María cometió la gran falta de profesar una prevencion constante al partido avanzado, que sólo admitió al poder cuando se lo impuso la revolucion, y al cual nunca guardó, para emanciparse de él, aquellas consideraciones que hacían indispensables los favores que le debía y su papel de reina constitucional. Por esto la hija de D. Pedro no era en los últimos años de su vida (y murió de sobrepeso á los 36) verdaderamente popular, jella que, como nuestra doña Isabel de Borbon, habia sido objeto del entusiasmo del país liberal; y su incontestable respetabilidad provenia

indudablemente de sus grandes virtudes privadas, que ofrecian vivísimo contraste con las de la corte de D. Juan y D. Miguel, y de la circunstancia de ser hija de D. Pedro y símbolo de la libertad durante el siniestro periodo de la reaccion apostólica. Así se explica que aquel partido avanzado, tan reverente, tan tímido siempre con la monarquía, acariciase en 1846 la idea de la abdicacion de la reina, y despues de 1848 la de la abolicion del régimen monárquico; y así se comprende la duda, que á poco de muerta doña María se hizo pública en los periódicos constitucionales de Francia é Inglaterra, señaladamente en la *Revue de Deux Mondes*, la *Edimburg Review* y el *Times*, que tan propicios se habian mostrado siempre á aquella señora, respecto de la duracion y el éxito de la empresa acometida por Saldanha, de haber gozado de vida, despues de 1853, la malograda hija del animoso D. Pedro.

Pero el fallecimiento de ésta, ó, mejor dicho, la sucesiva exaltacion de su esposo D. Fernando de Sajonia-Coburgo á la Regencia en Noviembre de 1853, y de su hijo D. Pedro al trono en 20 de Setiembre de 1855, cambió totalmente el espíritu de la corte lisbonense en sentido favorabilísimo para el país y para la libertad. La conducta del Regente D. Fernando (digno mantenedor de aquel espíritu de exquisita prudencia, inteligente cordialidad y lealtad inquebrantable que ha caracterizado á toda su familia, llamada por sus virtudes á ocupar el trono de Bélgica y á compartir con la reina Victoria el de la Gran Bretaña) le han hecho no sólo popular en el vecino reino, á pesar de su origen extranjero, si que estimado y celebrado en otros países, en alguno de los cuales, como en España, hace pocos años fué su candidatura para un solio que la Revolucion habia dejado vacante, aceptada con gran amor por los monárquicos, y con respeto, cuando no simpatía, por la mayoría de los republicanos, de tal suerte, que puede bien asegurarse que si la idea no llegó á ser un hecho, debióse tan sólo á la decidida voluntad de D. Fernando de renunciar al insigne honor que se le dispensaba. Del propio modo, el rey D. Pedro, exaltado al trono á la edad de diez y ocho años, despues de haber hecho su educacion muy seriamente, bajo la direccion del vizconde de Carreira, viajando por el extranjero, logró captarse las vivas simpatías de su pueblo, por su carácter severo, por su enérgica aficion á tomar una parte activa en todas las empresas de beneficencia ó para el desarrollo de la instruccion pública, por su noble actitud ante la epidemia que invadió á Portugal hácia 1857, y sobre todo por su discrecion frente á los partidos políticos de su país y su escrupuloso respeto á los principios y prácticas del régimen constitucional, continuando el rumbo tomado por su padre y afirmando la conducta que á su muerte,

acaecida en 1861 y por todos deplorada, siguió su hermano y sucesor D. Luis I, actual rey de la nación vecina.

Sucedió también, al par que todo esto, que así el cartismo como el setembrismo, hasta entonces tan pujantes como irreconciliables enemigos, y que, por decirlo así, encarnaban las dos grandes direcciones de la política portuguesa (pues que los miguelistas sólo vivían de recuerdos, y la democracia, como partido, aún no había nacido, y ésta y aquellos carecían totalmente de todo carácter y toda fuerza gubernamental); sucedió, repito, que las dos antiguas y batalladoras parcialidades de la época de doña María de la Gloria recibieron tales influencias, primero por el hecho de la violenta oposición que se organizó contra el conde de Thomar, y después por la promulgación del acta de 1852 y el advenimiento de la situación presidida por Saldanha, que casi desde esta época puede afirmarse que data la disolución de aquellos bandos. La conciliación sostenida por el infatigable duque hizo posible la coexistencia en la esfera del gobierno, como representantes de la *regeneración* (que *regeneradores* se llamaron los hombres de 1851), á personas de significación tan diversa como el Sr. Fonseca de Magalhaes (de antecedentes muy análogos á los del conde de Thomar), el Sr. Fontes de Mello, de opiniones muy conservadoras, y los señores Marino Miguel Franzini y Luis de Seabra, de tradición setembrista.

Verdad que luego surgió la división entre los vencedores y que sucesivamente han aparecido en la esfera política portuguesa frente á los *regeneradores* otros partidos conocidos con los nombres de *históricos*, *reformistas*, *constituyentes* y *avilistas*. Pero esto sólo aparentemente contradice nuestro aserto sobre la disolución de los partidos lusitanos, suceso de mayor evidencia todavía en los días que vivimos. Porque, en primer término, hay que considerar que los adversarios de la *regeneración* refieren todos sus ataques á la cuestión económica, prescindiendo ya del orden político. Después que la resurrección de los setembristas, con el nombre de *históricos*, acaudillados por el anciano de Loulé, si bien con la pérdida del numeroso grupo de adheridos á la persona y la política del mariscal Saldanha, no fué más que la señal para que se verificasen nuevos desprendimientos de aquella antes poderosa parcialidad, teniendo este carácter los *reformistas* que acaudillaron el obispo de Vizeu y el general Saldanha y que de tanta importancia gozaron hacia 1865, los *constituyentes*, los *avilistas et sic de ceteris* hasta llegar al partido democrático, verdadero término de este movimiento, en el cual debían parar todos estos dispersos grupos, y el que debía ser el único y verdadero adversario de los *regeneradores*,

con un programa político, económico y social sustancialmente distinto y aún opuesto. Por último, no se puede prescindir de que á pesar de todas estas oposiciones, raro es el ministerio de los nueve ó diez constituidos en Portugal desde 1851 á 1868, en cuyo seno hayan figurado hombres de una misma escuela ó de unos mismos antecedentes, dándose casos, como el de 1865, en que este hecho se ha caracterizado públicamente, tomando el Gabinete el nombre de ministerio de fusión, presidido por el señor D. Joaquin Antonio de Aguiar, el amigo de don Pedro, de gran renombre como acérrimo adversario del ultramontanismo y partidario de Mousinho.

Contribuía á todo esto el sentido que las cosas políticas europeas llevaban por aquel entonces, y cuya influencia se demostró palmariamente en Portugal con la revolución de 1851 y el triunfo de la política de Saldanha, y en España con la revolución del 54 y la exaltación de la política de nuestro general O'Donnell. Nada más idéntico que la obra de estos dos hombres políticos; nada más análogo que las consecuencias de una y otra empresa, si bien en el vecino reino, por sus condiciones particulares, el éxito inmediato de aquel empeño fué más pronto y más completo, y sus resultados definitivos se han retardado más que en nuestra patria. Portugal había sufrido lo indecible con las turbulencias y cambios políticos de los últimos cincuenta años; perturbaciones tanto más sensibles y graves, cuanto que el país carecía de verdaderas condiciones de vida propia, y el estado de su agricultura, de su industria, de su comercio,—su existencia económica, en fin, era por demás deplorable, efecto en no escasa parte de la tradición absolutista y ultramontana. El país estaba, pues, cansado, y la porción más viva, más palpitante, más animosa, solicitada por el ejemplo del rápido desenvolvimiento de la riqueza de otros pueblos, y bajo el influjo de la propaganda favorable á ciertas ideas económicas y ciertos adelantamientos industriales que se enseñoreó de la Europa contemporánea después de caída aquella situación orleanista que, por boca de uno de sus primeros ministros, de Guizot, había gritado á las multitudes: «¡Enriqueceos para dominar!»; la porción más importante de Portugal, la que en todas las naciones puede decirse que constituye verdaderamente *la Nación*, puso los ojos en los intereses materiales, y, exigiendo ante todo paz, pidió á la nueva situación grandes reformas en el sentido de lo que llegó á ser su primera preocupación.

Los *regeneradores* correspondieron á estos deseos, ó excitaron, satisfaciéndolas, estas aspiraciones; y la conducta por ellos observada fué luego seguida por todos sus adversarios. El duque de Saldanha caracterizó su administración por medio de 235 decretos, que llevaron en dos años escasos el

pensamiento de la nueva situación á todas las esferas de la vida jurídica lusitana. El Código penal, la ley electoral, la de propiedad literaria, la organización del cuerpo consular, la nueva ley de minas, los sellos de correo, la abolición gradual de la esclavitud en las colonias, la creación del Consejo Ultramarino, el establecimiento del sistema métrico, la reforma de la ley de propiedad artística, y, sobre todo, el arreglo de la Deuda, la supresión del fondo de amortización del Banco de Portugal, el establecimiento de la contribución directa única, y la creación del ministerio de Obras públicas, constituyeron la parte más principal de la obra del afortunado duque, secundado tan activa como inteligentemente, sobre todo, por los Sres. Antonio Maria Fontes Pereira de Mello, ministro de Hacienda é interino de Obras públicas, y Rodrigo de Fonseca Magalhaes, ministro del Interior é interino de Justicia.

La reforma financiera, según los preámbulos de los decretos del Sr. Fontes de Mello, tenía por principal objeto concluir con el déficit abrumador y constante del presupuesto portugués, por la reducción de gastos y el aumento de ingresos, prescindiendo del trillado camino del crédito y de toda clase de respetos á los intereses creados, y con la mira de utilizar los sobrantes, y en todo caso el desahogo del Tesoro para favorecer el desarrollo de los intereses materiales, la construcción de caminos y el fomento de ciertas instituciones económicas que, á la postre, habrían de proporcionar ingresos de consideración al Erario público. Con esta idea, los regeneradores resolvieron, por un decreto de 3 de Diciembre de 1851, capitalizar los intereses de la deuda consolidada interior y exterior no pagados desde 1848, los intereses de un empréstito de 4.000 contos de reis que había dado al Tesoro el Banco de Portugal, y los atrasos de los empleados públicos en descubierto hacía ya tres años. Al siguiente, en 18 de Diciembre de 1852, el gobierno ya se decidió á rebajar de un golpe el interés de toda la deuda á 3 por 100. Y en 30 de Agosto y 9 de Octubre no titubeó en apoderarse del fondo de amortización de que el Banco disfrutaba para hacer frente al pasivo de los antiguos Bancos de Lisboa y de la Confianza Nacional, quebrados en 1846 y cuyas obligaciones había aceptado el de Portugal, venido al mundo en aquella fecha con un capital social de 8.000 contos de reis (unos 190 millones de reales) y la concesión hecha por el gobierno de ciertas sumas sacadas anualmente de la renta de aduanas y la venta de bienes nacionales. Estas sumas constituían el fondo de amortización, que los regeneradores suprimieron en 30 de Agosto; así como el que intervinieron en 18 de Diciembre lo formaban los 25 contos mensuales con que contribuía la compañía privilegiada de

los tabacos y jabones para el pago del empréstito de los 4.000 contos.

Por supuesto, el efecto inmediato de estos decretos fué inmenso. Los acreedores del Estado pusieron el grito en el cielo, y la Bolsa inglesa se cerró al crédito lusitano. El Banco de Portugal se negó rotundamente á obedecer los decretos llamados expoliadores. Bajo este punto de vista, la situación fué terrible, y de ella salió el vecino reino sólo merced á un escrupuloso celo para atender á los nuevos compromisos contraídos con los tenedores de la deuda, á una corta indemnización pagada en 1856 á los tenedores franceses é ingleses, y un arreglo hecho en 1854 con el Banco, en cuya virtud quedó derogado el decreto de Octubre, y el gobierno se hizo cargo de los descubiertos de los antiguos Bancos de Lisboa y de la Confianza Nacional.

A pesar de la gravedad de todas estas medidas (no completamente peregrinas en la historia financiera de Portugal, pues que ya en 1836, 1840, 43 y 48 se habían verificado conversiones y reducciones de la deuda ó de sus intereses, de positiva importancia), no quedaron satisfechos por entero los regeneradores.

Los intereses de la deuda, que subían ántes de la reforma á 3.491 millones, y consumían más de los dos quintos de los ingresos del presupuesto, bajó á 2.574 millones después de los decretos de Diciembre. Los ingresos habían continuado casi los mismos, unos 10.800 millones, y en cambio, de la lista de cargas del Estado había desaparecido, entre otras partidas, la considerable del fondo de amortización del Banco. Y sin embargo, el déficit seguía. Había subido en 1850-51 á 2.330 millones: en 1852-53 era de 2.714. Fué preciso, por tanto, poner una particular atención en la reforma de los impuestos, cuyo aumento era tan indispensable como la determinación del sistema tributario.

A esto ocurrió en parte el decreto de 31 de Diciembre de 1852, en cuya virtud fueron sustituidos los varios empíricos tributos que pesaban sobre la propiedad urbana y las fincas rústicas, ora con el carácter de definitivos y fundamentales, ora de adicionales y transitorios, y que llegaban al 25 y al 30 de la renta, con una sola contribución directa de repartición, llamada *predial*, que todavía subsiste en el presupuesto lusitano. Sin embargo, tampoco con esto llegó á dominarse el déficit, que descendiendo en 1853-54 á 204 millones, y en 1854-55 á 11, vuelve á subir en el ejercicio siguiente, hasta dejar atrás después de 1862 las cifras más alarmantes del pasado. Esto, sin embargo, tiene una razón que en vano resisten los patriotas portugueses, á saber: la imposibilidad en que se halla el pueblo hermano de

sufragar los enormes gastos que implica en la actualidad la conservación del carácter de nación independiente. Más fácil y más halagüeño para el amor propio es atribuir este hecho á pecados de los ministros y defectos de la administración.

Pero lo que mejor expresaba el espíritu del nuevo orden de cosas era la creación del ministerio de Obras públicas, Comercio é Industria, á que dió vida el decreto de 30 de Agosto de 1852, á poco de crearse en España el ministerio de Fomento. Aquel centro administrativo tuvo por auxiliares dos comisiones ó juntas compuestas de personas de competencia conocida, y á su acción se debió que Portugal saliese del atraso inconcebible en que yacía respecto de ciertos extremos.

Un escritor lusitano—el Sr. Teixeira de Vasconcellos, autor del libro *Le Portugal et la maison de Bragançe* (1)—describe la situación del país, en determinados respectos, del siguiente modo: «Portugal no poseía un solo camino de hierro, y el estado de sus caminos de primera clase era tal, que los viajeros y los trasportes los evitaban por no caer en los barrancos formados por las lluvias ó para no destrozarse con las piedras desprendidas de la carretera; los caminos trasversales sólo podían ser recorridos á caballo y venciendo obstáculos casi insuperables. ¡En todo el reino solo había una diligencia! Podía decirse que los gobiernos, lo mismo de uno que de otro partido, previamente se habían puesto de acuerdo en un punto: en el de no emprender nada. La facilidad de las comunicaciones pluviales no había sido mejor atendida, y los trabajos hidráulicos de las barras yacían casi abandonados. Faltábales á la agricultura y el comercio escuelas, y los beneficios de una administración ilustrada no habían llegado á estos dos ramos esenciales de la prosperidad pública. La industria se hallaba en idénticas circunstancias: apenas nacida á través de dificultades sin número, faltábale desde el primer día la educación, la enseñanza y una juiciosa dirección. A la sombra del sistema protector, pero completamente abandonada, su desarrollo debía ser nulo y su existencia no debía servir más que para suministrar argumentos contra su propia conservación.»

Otro escritor que ha discurrido con muchos datos y muy juiciosamente sobre Portugal—Mr. Ch. Vogel, autor del libro intitulado *Le Portugal et les Colonies* (2)—se expresa del siguiente modo sobre el estado de la agricultura lusitana:

«Después de la caída del poderoso ministro (Pombal), la agricultura, de nuevo entregada á sí misma, no se halló mejor. El predominio de los mayorazgos y fideicomisos que habían sobrevivido á

las reformas de Pombal, y la inalienabilidad de los inmensos bienes de mano muerta tendían á perpetuar en ella la inercia. No hubo un cambio radical en estas condiciones sino á partir del tiempo del régimen constitucional y la supresión de los conventos por D. Pedro en 1834. Este príncipe abolió al propio tiempo los antiguos diezmos eclesiásticos, bajo cuya carga no se cultivaban más que las tierras de primera calidad. Sin embargo, la gran propiedad con numerosos mayorazgos domina aún en este país, como en Inglaterra, pero sin los capitales, sin la solicitud inteligente de la aristocracia británica, sin el trabajo discreto y los recursos de los arrendatarios acomodados que explotan con la holgura de los largos arrendamientos.... Los grandes propietarios portugueses habitan raras veces en sus haciendas. Así sucede, sobre todo, en el Alentejo, donde este absentismo no contribuye ménos que en Irlanda á mantener al aldeano en la apatía y el abandono. La masa de los cultivadores se compone de pequeños colonos, agobiados de impuestos, servidumbres y otras cargas, desprovistos de medios de explotación, disfrutando de pequeños lotes arrendados á corto plazo, de donde resulta que no forman con sus familias más que una población casi flotante, cuya condición ha cambiado poco, á pesar del deseo del gobierno de crear una clase de colonos más independiente y de pequeños propietarios interesados en la mejora del suelo. Con este fin se han multiplicado en nuestros días las enfiteúsis y vendido en pequeños lotes los bienes nacionales, y se ha ofrecido á los arrendatarios de las antiguas tierras de la Iglesia y los conventos, ya reunidas al dominio del Estado, facilidad para una reducción, cuyo precio se fijó en una suma que importa diez y seis veces el valor de las rentas anuales.»

Ahora bien: á todo esto hicieron frente con mayor ó menor éxito, según los casos, los *regeneradores*, dueños del poder por espacio de cinco años. En 1852 fué concedida la construcción de la primera línea férrea portuguesa (de Lisboa á Santarém), destinada á unir al vecino reino con el resto del continente europeo. De 1850 á 1853 se construyeron 151.688 metros de carreteras, y se acometió con mano firme la construcción ó terminación de numerosos caminos vecinales. De 1852 data el Instituto agrícola de Lisboa, y de 1853 el Instituto industrial. De ésta época vienen los concursos ó exposiciones agrícolas en todos los distritos administrativos del vecino reino. A los *regeneradores* se debe la disolución de las asociaciones conocidas con los apellidos de *Roda do Sal*, en Setubal, y *Corpo Santo*, que monopolizaban el comercio y la explotación de la sal. Suya es la ley que consagra los privilegios de invención por quince años como má-

(1) 1859.

(2) 1860.

ximum para la industria, y de 1853 viene la ley que dispensó á muchos colonos de los antiguos conventos de la mayor parte de sus atrasos. En 1852 comenzó á funcionar la compañía que sostiene la navegacion de la parte inferior del Tajo. En 1854 y 55 fueron concedidas las vías férreas del Tajo al Sado y de Lisboa á Cintra, y en este último año se estableció la Compañía general de mensajerías y postas. La uniformidad de los precios de transporte de las cartas, á despecho de las distancias, produjo en 1854 un movimiento de 2.088.000 cartas y despachos. El año anterior se intentó, bajo la protección del gobierno portugués, el establecimiento de un servicio trasatlántico de vapores; empresa que fracasó á poco, siendo sustituida en 1859 por la Real Compañía Anglo-luso-brasileña. En 1852 quedaron abolidos definitivamente la compañía de los vinos de Oporto y sus privilegios, que bajo distinta forma habían sobrevivido al decreto de D. Pedro, de 1832, contra la vieja compañía de Pombal. Y por último, en Diciembre de 1852 y Agosto y Octubre de 1854 se reformaron los aranceles de 1841, rebajando los derechos sobre el hierro, acero, algodón en bruto, seda, lino, cáñamo, estopas y algunas manufacturas; de modo que los ingresos de aduanas descendieron de 277.500.000 reis que figuraban en 1851 á 159.842.000 en 1854; reforma que á la par puso un correctivo al contrabando y dió un cierto empuje á la industria nacional, sofocada por los privilegios concedidos á Inglaterra en 1810 y no sostenida por los aranceles protectores de 1837 y 41, hechos bajo la idea de favorecerla contra el monopolio británico. De 1855 datan los telégrafos eléctricos, que debían extenderse á 632 kilómetros. En 1856 aparecían construidas 92 leguas de buenos caminos y 17 puentes, y en construcción 24 leguas y 28 puentes. Publicanse en 1852 los trabajos de triangulación, que exigía el Catastro. Y á 1854 se refiere el plan general de obras públicas, segun el cual los trabajos hidráulicos habían de comprender al Duero, el Tajo, el Guadiana y el Mondego; la canalización del Sado, el Vougo y otros ríos ménos considerables; los canales de Azambujas, Alpiarea y rio Maior; la union del Tajo con el Sado y del Duero y el Tajo; y los caminos habían de dividirse en carreteras de primera y segunda clase (en número de 12 aquellas), sostenidas y entretenidas por el Estado, el cual ayudaría con subvenciones las comunicaciones de los caminos provinciales y municipales.

El empuje estaba dado. La opinion pública apoyaba enérgicamente los esfuerzos de los regeneradores, que primero hicieron uso de la dictadura para llevar á cabo sus decretos, y despues obtuvieron la cooperacion decidida del país en Córtes. Fuerza, pues, fué seguir el nuevo trazado, y no sólo

las oposiciones, como ántes he dicho, obedecieron al impulso de la administracion Saldanha-Fontes-Fonseca, sino que puede bien asegurarse, como ya indiqué, que en lo sucesivo todas las cuestiones graves de la política portuguesa, todos los programas de los ministerios, como todas las dificultades de éstos, tuvieron por base una cuestion económica.

La Hacienda fué objeto especialísimo de la atención del marqués de Avila (ministro del ramo con el duque de Loulé), al cual se debe el decreto de 3 de Noviembre de 1860, que organizó la cobranza y administracion de las rentas públicas, fundiendo en la contribucion predial algunos impuestos secundarios locales y especiales, creando la contribucion industrial única, que sustituyó al diezmo sobre la industria y á los varios impuestos secundarios sobre las fábricas; estableciendo la contribucion sobre los coches y caballos, el derecho de registro y otra personal en defecto de la antigua sobre los criados. A esta fecha hay que referir los grandes y costosos trabajos hechos para mejorar el lecho del Mondego y el Tajo, como á 1859 (en que vivió el ministro Terceira-Fontes-Serpa) el contrato celebrado con la casa Langrois para la construcción inmediata de 693 kilómetros de carreteras de primera y segunda clase, y con el Sr. Salamanca para la prolongacion del ferro-carril de Santaren hasta la frontera española y hasta Oporto. En 1857 es suprimido el monopolio del jabon, y se publica la *Pauta geral das alfandegas de Portugal é Ilhas adjacentes*, de sentido libre-cambista, confirmado por el decreto de 14 de Agosto de 1858 y por la reforma de 1860 (obra del marqués citado), que suprimió ó disminuyó muchos derechos absurdos, animando al gobierno para proyectar una nueva revision de las tarifas y el establecimiento de un derecho fijo de entrada sobre los caldos que consagrarse definitivamente la libertad del comercio de cereales. De 1862 data el arreglo de la contabilidad general, que firmó el Sr. Lobo de Avila, autor tambien en 1864 de una feliz reforma de la administracion de las aduanas, que desembarazó al comercio de mil vejaciones que entorpecían su desarrollo. Y en 1859 toman vuelo los trabajos relativos al Catastro y á la Estadística, que halló en el marqués de Avila un protector decidido.

Fuera de este camino, con posterioridad á 1851 y ántes de 1868, sólo se han promulgado una ley de 23 de Noviembre de 1859 (en una situacion de regeneradores) que sustituye la renta de 100.000 reis como censo único para los electores por el impuesto de 10.000, 5.000 y 1.000 reis segun los casos, por ser este dato de más fácil comprobacion; la ley de 8 de Junio de 1859 que instituye (por iniciativa del Rey á cuyo cargo correrían los gastos) en Lisboa un curso superior de historia, filosofía y literatura

antigua y moderna, que comprendía cinco cátedras, y el decreto de 8 de Setiembre del próximo año, que trajo á Lisboa el Consejo superior de Instrucción pública de Coimbra creado en 1844, anexándolo al ministerio del Reino, que comenzó á poner en este orden de la vida portuguesa una atención que dió por resultado, á la postre, en 1870, la creación del ministerio de Instrucción pública y la reforma de la enseñanza pública de Portugal que descansaba en el decreto de 20 de Setiembre de 1844.

Todos, pues, andaban por el mismo camino. El clamor público estaba satisfecho. Los Poderes habían reconocido eficazmente que Portugal nada necesitaba en el orden político, y que todas las miradas y toda la acción debían ponerse en la vida económica. Hechas las reformas en este sentido, sólo se requerían paz y tiempo.

RAFAEL M. DE LABRA.

### LOS PROGRESOS DE LA LINGÜÍSTICA EN FRANCIA.

La lingüística es una ciencia muy moderna; sólo hace diez años que ha adquirido derecho de ciudadanía en Francia. Las lecciones de M. Breal en el Colegio de Francia, la publicación de su traducción de Bopp (*Gramática comparada de las lenguas indoeuropeas*), y la creación de la Escuela de los estudios superiores y de la Sociedad de lingüística, marcan una nueva era en el estudio del lenguaje. Mientras se agrupaban en la cátedra del Colegio de Francia todos los hombres ansiosos de un buen método y de una sólida enseñanza, la Escuela de los estudios superiores, verdadero laboratorio de la ciencia, inauguraba esas conferencias en que los alumnos aprenden á trabajar bajo la dirección de los maestros y toman por sí mismos una parte activa en el descubrimiento de las verdades científicas; la Sociedad de lingüística reunía en su seno á los hombres más competentes de la Francia y del extranjero, y publicaba en sus *Memorias* trabajos que le daban una incontestable autoridad en Europa. La Sociedad ensancha sin cesar su esfera de acción: además de sus *Memorias* y de su *Boletín* publicará en breve una serie de informes sobre el estado de los estudios lingüísticos en los diferentes países. Se abstiene de las discusiones sobre el origen del lenguaje; pero no de las investigaciones científicas sobre la producción de los sonidos de la voz humana. M. Marey, profesor del Colegio de Francia, inventor de esos aparatos tan delicados que registran con una precisión absoluta los latidos del corazón y los

movimientos respiratorios, ha puesto su laboratorio á disposición de la Sociedad para una serie de experimentos que ya han dado excelentes resultados. Estos experimentos serán publicados con curiosísimas ilustraciones, en las cuales se podrán ver los principales elementos de la palabra humana recogidos por los cilindros registradores.

La lingüística ha dejado de ser una ciencia de aficionado en la cual pueda tomar libre vuelo la imaginación sin dejarse regular por ningún criterio. «La explicación de las palabras, decía San Agustín, depende de la imaginación de cada cual, como la explicación de los sueños.» No hay nada de esto; la ciencia del lenguaje, tal como la han formulado los maestros modernos, es á los sueños de los antiguos, desde Platon hasta Court de Gebelin, lo que la química á la alquimia y la astronomía á la astrología. Esta comparación es tanto más exacta, cuanto que la ciencia del lenguaje tiende á tomar su puesto entre las ciencias naturales. M. Abel Hovelacque acaba de publicar con el título de *La Lingüística* un volumen en el que ha reunido, con forma elegante y accesible aún á los lectores menos preparados, un gran número de nociones dispersas hasta aquí en obras técnicas. M. Hovelacque establece claramente la distinción entre la lingüística, ciencia natural, y la filología, ciencia histórica; una y otra pueden, sin embargo, prestarse utilísima ayuda.

M. Hovelacque hace bien en poner en guardia á los hombres ilustrados contra los peligros de la etimología. «La etimología en sí misma, dice con razón, no es más que una especie de juego; el mayor enemigo del etimólogo es el lingüista. La etimología por sí y para sí misma no es más que la adivinación; hace abstracción de la experiencia; olvida las dificultades y se contenta con apariencias especiosas de lo que á duras penas es probable ó verosímil. ¿Cabe dudar si las palabras alemanas *haben* (haber), *ähnlich* (análogo), *abentener* (aventura), responden ó nó casi letra por letra al latín *habere*, al griego *analogos* y al castellano *aventura*? Y, sin embargo, no hay nada de esto.» M. Hovelacque señala con razón el peligro y el ridículo de esas etimologías que constituyen una verdadera plaga para la ciencia, y acerca de las cuales muchos profesores de segunda enseñanza engañan á sus alumnos. Pero no indica bastante claramente dónde existe el vicio de las falsas etimologías: frecuentemente consiste en defecto de juicio, y en este caso es un buen ejercicio acostumbrar á la juventud á analizar las etimologías falsas. Ejemplo: Justiniano, en la *Instituta*, afirma que *testamentum* procede de *testatio mentis*. Hé aquí á primera vista una derivación especiosa, porque, según esta hipótesis, un niño de doce años podrá creer que *pavimentum* procede de *pavitio mentis*, lo cual pugna con el buen senti-

do. Un prelado, que por lo visto se interesa poco por la lingüística, escribía últimamente que la palabra francesa *corrompre* procede de la latina *corrumper*, romper el corazón. Una ligera ojeada sobre cualquier Diccionario latino le hubiese demostrado palabras como *corrivo* ó *corruo*, en las cuales nada tiene que ver el corazón. No es posible relacionar demasiado las palabras ni los individuos. Si cualquiera encuentra en la calle dos hombres rubios que llevan gabanes de color castaño, no deducirá por eso que son parientes; ni llegará á afirmar que existe parentesco hasta después de haber tomado informes y comprobado el estado civil de los dos individuos. Lo mismo sucede con las palabras: también tienen su estado civil, y la etimología tiene por objeto establecerlo; manejada de una manera científica, la etimología quita muchas preocupaciones y provoca bastantes descubrimientos que aguzan el entendimiento satisfaciendo su necesidad de saber. Entrando las palabras en las lenguas, unas por la vía orgánica y otras por la vía histórica, la etimología encamina el espíritu hácia el doble estudio de la lingüística y de la filología. Nunca serán demasiados los esfuerzos que se empleen en vulgarizar el verdadero método y en hacer comprender que ante todo es preciso saber ignorar ciertas cosas y confesar francamente que se ignoran.

El libro de M. Hovelacque prestará indudablemente buenos servicios hasta á aquellas personas con cuyas preocupaciones y creencias esté en contradicción. Este estudio sumario de las lenguas monosilábicas, aglutinantes y de flexiones, presenta en una forma agradable los resultados de largas investigaciones, y producirá de seguro más de un adepto á la ciencia que nos interesa.

La evolución que se ha operado en el estudio del lenguaje humano, evolución cuyo cuadro presenta el libro de M. Hovelacque, tiende á transformar la enseñanza de las lenguas aún en los establecimientos secundarios; es imposible que los descubrimientos modernos dejen de penetrar hasta las clases más inferiores de los liceos y establecimientos particulares. Los libros antiguos y los antiguos métodos, los Lhomond y los Burnouf, vivirán ya pocos años. M. Brachet, con su *Diccionario etimológico* y sus *Gramáticas*, ha modificado singularmente la enseñanza del francés en los establecimientos que han adoptado sus obras. Respecto del latín se han hecho varios ensayos, y creemos que la Gramática definitiva será la que va á publicar M. Luis Havet, uno de los lingüistas más distinguidos de la nueva generación. A este trabajo se ha preparado traduciendo el *Compendio de la declinación latina*, de M. Bücheler, profesor de la Universidad de Bona. La obra original había aparecido en 1866, y la traducción de M. Havet ha sido para M. Bücheler la

ocasión de añadirle numerosas mejoras y adiciones que, juntas á las notas de M. Havet, hacen de la edición francesa una obra enteramente nueva, formando parte de una colección ya célebre, la *Biblioteca de la Escuela de los estudios superiores*. En esta misma colección acaba de publicar M. Breal su edición de las *Tablas Eugubinas*, con introducción, traducción, comentarios y *facsimil*. No debemos decir más de esta obra, que ha valido á su autor el poco común honor de entrar desde luego, y sin pruebas, en la Academia de inscripciones y bellas letras.

M. Luis Havet es uno de los discípulos y auxiliares más entusiastas de M. Breal. Otro discípulo del mismo maestro fué el malogrado Francis Meunier, arrebatado á la ciencia por una muerte repentina hace dos años. Francis Meunier, que había revisado y completado con una tabla detallada la edición francesa de Bopp, se había entregado hacia diez años á investigaciones originales sobre las lenguas clásicas y las lenguas romanas, investigaciones que, publicadas en las *Memorias de la Sociedad de lingüística* y de la *Asociación de los estudios griegos*, habían llamado la atención de las personas más competentes. En 1873, la comisión académica del premio Volney recompensó el extenso trabajo de Francis Meunier, y en 1874, la comisión de impresiones gratuitas de la Imprenta Nacional acordó la impresión por cuenta del Estado de la obra premiada por el Instituto. Ahora acaba de aparecer esta obra con el título de: *Los compuestos que contienen un verbo de modo personal en latín, en italiano y en castellano*. Es un precioso trabajo de lexicografía, y un verdadero suplemento á todos los diccionarios, sin exceptuar el de Littré. El autor ha reunido en su obra todos los nombres propios ó comunes de nuestra lengua en que entran verbos y por lo tanto forman una frase entera, como *portamoneda*. Graves discusiones han surgido entre los romanistas sobre la cuestión de saber si el verbo, en estas palabras, está en imperativo ó en presente de indicativo. M. Meunier opina en favor del indicativo. Otro sabio, M. Darmstetter, ha publicado sobre este asunto un volumen que se titula: *Tratado de la formación de las palabras compuestas en la lengua francesa, comparada con las demás lenguas romanas y con la latina*. M. Darmstetter pertenece también á la Sociedad de lingüística y á la Escuela de los estudios superiores, es decir, que se encuentra en su trabajo un método seguro y una erudición exacta.

Después de las lenguas clásicas, la más estudiada de las lenguas vivas es la alemana. Schiller y Goethe no han estado nunca tan en moda como en la actualidad. Los trabajos de filología germánica son, sin embargo, muy raros en Francia. En cambio, se

multiplican las ediciones de libros clásicos, las gramáticas, los diálogos. Diccionario importante no se había publicado ninguno desde el de los señores Schuster y Regnier. La librería Hachette acaba de publicar uno nuevo, que parece destinado á obtener por largo tiempo el favor del público; su autor es Teobaldo Fix, que murió recientemente siendo bibliotecario del Consejo de Estado. Los diferentes matices de las lenguas alemana y francesa son obstáculos casi insuperables para el lexicógrafo más erudito; ¿cómo traducir, por ejemplo, al alemán *semillant* y *pimpant*? El editor póstumo del *Diccionario* afirma que M. Fix ha tenido más acierto que la mayor parte de sus predecesores. Hubiera sido conveniente indicar que la mayoría de las palabras que expresan gracia, finura, delicadeza de la conversación y de la vida social no se pueden traducir al alemán.

Al lado de las lenguas vivas que se enseñan en los liceos, hay otras que han llegado á tomar puesto en la enseñanza oficial y que, sin embargo, merecen no ser olvidadas, porque pueden suministrar los medios de abordar estudios llenos de novedad y que no carecen de interés bajo el punto de vista político, comercial ó literario. Tales son, por ejemplo, las lenguas escandinavas; tal es también el húngaro, al que los últimos acontecimientos han dado una gran importancia. Un sabio húngaro establecido hace mucho tiempo en París, M. Carlos Ujfalvy, ha emprendido la tarea de dar á conocer su idioma, y acaba de publicar una obra titulada *Elementos de gramática magyar*. El patriotismo arrastra demasiado al autor cuando declara que el magyar se habla por un pueblo que cuenta cerca de nueve millones de individuos. Esta es una cifra evidentemente exagerada, que las estadísticas más exactas reducen á la tercera parte, por lo ménos; pero de cualquiera manera que sea, la lengua magyar ofrece un curioso asunto de estudio; sirve de órgano á una literatura de primer orden, cuyos poetas y novelistas han producido ya obras muy notables. Basta recordar los nombres de Pöetöfi, de Vorosmarty, de Jokay y de Kisfaludy. Para los filólogos es muy interesante poder estudiar en un idioma europeo las reglas y el organismo de las lenguas llamadas aglutinantes. En la actualidad, M. Eduardo Sayons está terminando una *Historia de Hungría*, con numerosos documentos desconocidos hasta ahora en Francia. M. de Ujfalvy prestará un verdadero servicio desarrollando sus *Elementos de gramática magyar* y añadiéndole una *crestomatía*, acompañada de traducciones y de noticias históricas sobre los principales escritores.

LUIS LEGER.

(Revue littéraire.)

## UN PASEO POR MARRUECOS.

II.

Tánger 14 Julio 1875.

Ya estoy en Marruecos, en la tierra de lo maravilloso.

Ayer á las nueve de la mañana me embarqué en Gibraltar, y á las doce y media puse el pié en este país, que siempre, desde los más remotos tiempos, se ha cubierto bajo el tupido velo del misterio.

Celoso de sus bellezas, ha opuesto siempre á la curiosidad de los hombres lo maravilloso, lo sobrenatural, lo terrible.

Los siglos pasan, las generaciones se suceden, húndense los imperios, mueren ilustres nacionalidades, nacen religiones, surgen de las olas evocados por el genio hispano nuevos mundos llenos de luz, de riqueza, de poesía.

No queda sobre el anchuroso y terrible mar ni sobre la arrugada superficie de la tierra, del uno al otro polo, la más pequeña porción que no haya sido vista y reconocida por el hombre.

Sin embargo, el África de hoy sigue siendo el país de Atlante, la tierra feliz donde brotaban los áureos frutos del Jardín de las Hespérides.

Los esfuerzos acumulados de cien pueblos, de millares de generaciones, no han logrado más que conocer la corteza.

Las naciones más poderosas, las que han marchado siempre á la cabeza de la civilización, á duras penas han podido establecerse en algunos puntos del litoral, y su poder concluye donde caen inofensivas las balas de sus cañones.

El África, sintiéndose incapaz de resistir al invasor torrente que por todas partes la acomete y encierra en un círculo de hierro, retrocede orgullosa, altiva, como el gladiador que pierde terreno, pero que, aún con vida, espera vencer á su contrario.

Cede paso á paso, abandona á la civilización sus disputadas conquistas; pero se atrinchera detras de sus impenetrables bosques vírgenes, se hace un arma terrible de los mortíferos miasmas que despiden sus pantanos, y se cubre con el inmenso manto del desierto para ocultarse á las curiosas miradas de los Europeos.

En todas partes, desde las sagradas orillas del Ganges hasta las playas del Bósforo, inundadas de luz y poesía; desde los países hiperbóreos hasta las inmensas llanuras cruzadas no há muchos años por los indómitos *pieles rojas*, el poderoso y bienhechor influjo de la civilización se ha dejado sentir en todas partes ménos en África, donde se vive aún la

\* Véase el número anterior, pág. 27.

vida de las tiendas, la vida de los patriarcas Abraham y Jacob.

Sin embargo, no es la distancia, no son insuperables obstáculos naturales los que nos separan de estos pueblos primitivos.

A las puertas de Europa, á hora y media de distancia de Tarifa, está el Imperio de Marruecos, en el mismo estado hoy, con ligera diferencia, que cuando abandonó las faldas del Atlas para lanzar contra la España sus fanáticos soldados.

Sus huestes victoriosas saltaron por cima de los Pirineos para morir á manos de Carlos Martel; de las Universidades árabes de España brotó la luz que más tarde había de iluminar el mundo entero; sostuvieron con nosotros siete siglos de continua guerra; cuajaron nuestras ciudades de preciosas obras arquitectónicas; y á pesar de tantas relaciones, no obstante el continuo roce que con ellos hemos tenido, su historia y sus costumbres nos son ménos conocidas que las de los Griegos y Romanos.

Densas son las nieblas que, por lo general, ocultan á los hombres el principio de todas las nacionalidades, y mucho más de las Africanas, que tan poco ganosas se han mostrado siempre de conocer como de ser conocidas.

Sin embargo, de entre ellas, como un genio evocado por algun poderoso talisman, se destaca imponente la figura de Boco como el jefe principal de las comarcas comprendidas entre el Estrecho de Gibraltar y el gran Desierto.

Mezclado en la guerra que su yerno Yugurta sostenía con Roma, puso en gran aprieto no léjos de Cirta á las famosas cohortes de Mario, y terminó la guerra entregando á Yugurta á sus enemigos, en cambio de la tercera parte de la Numidia.

Esta es la primera vez que en la historia aparece y en ella se ve dibujado con firmes trazos el carácter del pueblo marroquí.

Valor impetuoso; perfidia inaudita. Tal es el retrato de Boco; y en la galería que vamos á recorrer encontraremos, con raras excepciones, muchos parecidos.

A Boco sucedió en el trono su hijo Bogud, que algunos llaman Volux, lo cual ha dado lugar á creer que eran distintos personajes, y á éste suceden Juba y Tolomeo.

Durante el reinado de este último, un jefe llamado Tacjarinas, reuniendo muchos montañeses, formó un respetable imperio en las faldas del Atlas, llegando en más de una ocasion á derrotar á los Romanos, hasta que el procónsul Dolabela le arrancó con la vida su efimero poder, quedando poco despues la Mauritania convertida en provincia romana.

Caida Roma, repartiéronse sus despojos los Godos, Vándalos, Suevos, Francos, Hérulos, Alanos y

Sajones, correspondiendo á los segundos por su parte de botin las amenas campiñas de la Bética, y poco despues las provincias de Cartago, Numidia y Mauritania, que los Romanos no pudieron defender contra la impetuosa furia de los invasores, cuya dominacion en Africa se prolongó por espacio de cien años.

Al cabo de este tiempo recobró el Imperio sus provincias africanas; pero su poder, sin cesar combatido por constantes luchas promovidas por los Gobernadores, que aspiraban ser independientes, se escapó por fin de sus manos para caer en las de los monarcas Godo-hispanos.

Más tarde, electrizados los Árabes por la religion predicada por Mohamed, se lanzaron á la guerra santa, asolaron las ricas comarcas de Oriente, y extendiéndose por el Africa durante el reinado de los Califas, arrojaron á todos sus enemigos, sin que nadie fuera poderoso á detenerlos, hasta que momentáneamente vinieron á estrellarse sus esfuerzos contra las robustas torres de Ceuta, con valor defendidas por el famoso conde D. Julian.

La nueva religion, predicada por los Arabes y llevada por la punta de sus lanzas hasta las fronteras del Sahara, fundió en una las diversas nacionalidades en que estaba dividido aquel país, y uniéndolas con el poderoso lazo de la unidad religiosa, los preparó para que Muza, aprovechando la traicion de D. Julian, los lanzara en masa contra nuestra desgraciada patria.

A principios del siglo XII, por los años 1107, un jefe de tribu llamado Techifrian se alzó contra los Árabes, y reuniéndose á otras tribus ganosas tambien de independencia, fundó un respetable Imperio, que aumentó su hijo Yusef, fundador de Marruecos, el cual pasó á España, donde murió en una batalla.

Respecto á la fundacion de Marruecos, el Iman Abu-Mohamed-Salah-ben-Ab-el-Halim, de Granada, la refiere así en su libro titulado *Rut-el-Kartas* (Jardin de hojas), escrito en Fez.

«El año 454 vió afirmarse el poder y la fama de Yusef-ben-Techifrian.

»Compró á un propietario de Masmuda el terreno que hoy ocupa la ciudad de Marruecos, y estableció allí su tienda, cerca de la cual mandó construir una mezquita para rezar y una *Kasbá* (castillo) para guardar sus tesoros, pero no las rodeó de muros.

»Cuando empezaron las obras de la mezquita se cubrió con humilde traje, y por modestia se mezcló con los obreros y manejó con ellos la cal y las piedras (que Dios le conceda el perdón y utilice el fin de sus trabajos).»

El sitio en que trabajó Yusef se llama hoy *Sur el Kheyr*, y está situado al Norte de la mezquita de Kotubia. No teniendo agua, cavaron pozos y vivie-

ron sin murallas hasta el año 526, que las mandó levantar Alí Brahen, hijo y sucesor de Yusef, que fué destronado por Abdalla, jefe de una secta religiosa derivada del Mahometanismo, que por esta razón gozaba de gran influjo.

Como siempre sucede cuando en los reinos se invierten violentamente las leyes de sucesión á la corona, ocurrieron graves y sangrientos trastornos, á favor de los cuales subió al trono Abdulumen, famoso guerrero, que aún cuando se jactaba de ejercer el poder por libre elección de los pueblos, sabía, cuando éstos no le eran adictos, reducirlos con la espada, como sucedió á Marruecos.

Esta ciudad, fiel á sus antiguos reyes, proclamó al hijo de Brahen, y defendió con tal tesón á su candidato, que, irritado Abdulumen, juró destruirla y *pasarla por una criba*.

Después de un largo sitio, la ciudad fué tomada por asalto, pasados á cuchillo sus defensores, y sus edificios, derribados y molidos piedra por piedra, *pasaron por una criba*, como había jurado el feroz vencedor, el cual la reedificó, marchando después á guerrear á España, sucediéndole en el trono Yusef II.

Muerto éste, ocupó el solio Almanzor (conquistador), que después de apoderarse de la Numidia, Fez y Tunez, llevó sus invencibles armas hasta el desierto de Libia é hizo que los moros de España lo reconocieran por Soberano, llegando á ser el más poderoso de cuantos en África reinaron desde los Califas.

De este Rey cuenta la tradición que, habiéndosele sublevado un general, aprovechando la ocasión de hallarse él ocupado en las guerras de España, tomó tal incremento la insurrección, que, desconfiando vencerla por la fuerza, entró en tratos con el rebelde, y, entre otras cosas, juró perdonar su traición.

Merced á estas concesiones terminó la guerra; pero al ver al traidor general fué tanta la ira que le acometió, que, olvidando su juramento, mandó degollarlo en el acto.

Aquella noche desapareció el Rey y no se volvió á saber más de él, por cuya causa su hijo ocupó el trono que todos consideraban vacante.

Únicamente Fátima, esposa y favorita de Almanzor, no pudo consolarse ni olvidar su pérdida, y abandonando el palacio, tras larga y penosa peregrinación, llegó á Alejandría, donde encontró á su esposo, que para expiar su perjurio se había hecho panadero.

El hijo de Almanzor, ménos afortunado que su heroico padre, sufrió en España grandes reveses que le acortaron su vida, y á su muerte se fraccionó el Imperio en varios reinos que desde entonces empezaron á conocerse con el nombre de Estados Berberiscos.

Siguió á esto una época de guerras continuas que

entre sí se hicieron las diferentes tribus que regían en Marruecos, mientras la suerte de las armas les era propicia, hasta que por fin cayó el poder en manos de los hijos del Sherif Hassan, descendiente de Mahoma y fundador de la dinastía que hoy reina en Marruecos, siendo su primer rey Mohamed, cuyo reinado fué turbulento.

A este sucedieron Muley-Abdalá, Mohamed el Negro, que fué destronado por su tío Muley-Ab-el-Melik, dando lugar estos sucesos á que interviniera en ellos el rey D. Sebastian de Portugal, el cual, por ayudar á Muley-Mohamet, perdió la vida en la sangrienta batalla de Alcázar Kibir, llamada también de los tres reyes, porque en ella perecieron, ahogado el Negro, y Ab-el-Melik de fatiga.

A este último sucedió su hermano Muley-Hamet, proclamado en el mismo campo de batalla, cuyo reinado fué notable por su justicia, buena administración y grandes conquistas y por haber dividido su reino entre sus cinco hijos, lo cual dió margen á terribles guerras entre los mal avenidos hermanos, uno de los cuales, por comprar la ayuda de Felipe III, rey de España, le cedió la plaza de Larache, lo cual no le sirvió de gran cosa, pues tras medio siglo de incesante lucha, su hermano Muley-Cidan, vencedor de los demas, quedó reconocido como único soberano de Marruecos.

A este sucedieron por su orden sus tres hijos: Ab-el-Melik, que tomó el nombre de Sultan; Valid, y Hahamet, cuyo trono se hundió en espantosas revueltas, pereciendo todos los de su raza á manos del Hache-Kom, que á su vez fué asesinado; quedando desde entonces el Imperio presa de la más completa anarquía.

Restablecido el orden por el Sherif Hache-Ali-Ben-Mohamed, pariente, aunque lejano, de los antiguos Sherifes, sucedióle su hijo Muley-Sherif, que tuvo *ochenta y cuatro hijos varones y ciento veinticuatro hijas*, de los cuales ocupó el trono el primogénito, de nombre Mohamed y de sobrenombre el Justo.

A este siguieron sus hermanos Muley-Arjid, asesinado al salir de un festin; Ismael, que tuvo *ochocientos hijos*, y reconquistó á Tánger, Larache y la Mehdiá ó Marmora; Hamet-el-Dorado; Muley-Abdalá; Mohamet, que tomó el nombre de Emir-el-Muslim (príncipe de los creyentes), que recuperó á Mazagan y fundó á Mogador; Muley-el-Yezid, durante cuyo reinado ocurrieron muchas revueltas ocasionadas por su carácter discolo y su natural cruel. Murió en un combate, á los veintidos meses de haber ceñido la corona, y su reino se dividió, prolongándose las guerras y desórdenes hasta que Muley-Soliman se hizo proclamar Sultan de Marruecos, y concluyó con la piratería, dando libertad á cuantos cautivos cristianos había en sus Estados.

A este sucedió, tras muchos trastornos, Muley-Abderhaman, que mandó predicar la guerra santa contra los conquistadores de Argel, y la emprendió con tan poca fortuna, que los franceses, después de haber bombardeado á Tánger y Mogador, de cuya isla se apoderaron, derrotaron en Isliy á los marroquíes mandados por Muley-Mohamed.

En las postrimerías del reinado de este soberano, el 11 de Agosto de 1859, surgieron las primeras dificultades entre España y Marruecos.

Habíanse dado principio á los trabajos de una nueva fortificación en Ceuta, cuando los moros, alarmados sin duda, ó por el odio tradicional que contra los cristianos abrigan, destruyeron por la noche los trabajos practicados, inutilizando algunos materiales, rompiendo puertas y garitas y derribando varios marmolillos que marcaban los límites de la plaza; todo lo cual se apresuraron á poner en su lugar tan pronto como tuvieron noticia de la queja que con este motivo presentó al cabo de la línea mora nuestro comandante en Ceuta.

Estos sucesos causaron bastante sensación entre los duales vecinos. Los moros, creyéndose ofendidos por la conducta de su jefe, acudieron en gran número, y como la plaza que tenían enfrente era parte integrante del territorio marroquí, y, sin embargo, sobre sus murallas ondeaba un pabellon enemigo tradicional de su nacionalidad y religion, los ánimos se encendieron, y el 22 del mismo mes derribaron los hitos que servían para la demarcación del límite, en los cuales se hallaban esculpidas las armas de España.

Semejante insulto, después de lo que el día 11 había sucedido, no podía quedar impune, ni era ocasión de presentar quejas, cuando los moros coronaban en armas las alturas inmediatas á la plaza. En su consecuencia, salió el duque de Gor el 24 al frente de 450 hombres de su batallón de cazadores de Madrid, y apoyado por algunas fuerzas de Barbastro y provincial de Sevilla, escarmentó á los moros, retirándose al siguiente día á la plaza con 14 heridos, siendo cinco de ellos de arma blanca, pues en varias ocasiones lucharon cuerpo á cuerpo nuestros valientes soldados con los fanáticos marroquíes, renovándose estas escenas el 9 de Setiembre.

Nuestro cónsul general se quejó amargamente de lo sucedido al ministro que el Sultan tiene acreditado en Tánger para entenderse con los representantes de las naciones civilizadas, exponiendo las exigencias del Gabinete de Madrid, que eran:

- 1.º Que las armas de España fueran repuestas y saludadas por las tropas del Sultan, en el mismo sitio donde fueron echadas por tierra.
- 2.º Que los principales culpables fueran conducidos al campo de Ceuta y severamente castiga-

dos en presencia de la guarnición y vecindario.

3.º Reconocer el derecho perfecto del Gobierno español á fortificar el campo de dicha plaza del modo que estimara más conveniente.

Y por último, que el gobierno marroquí adoptara las medidas convenientes para que la paz y buena armonía que entre ambos países reinaba, no volviera á turbarse con la repetición de desmanes semejantes á los que habían tenido lugar aquellos días.

A todas estas condiciones suscribieron los moros, excepto á la declaración que sobre las obras se pedía, por no estar para ello autorizado el ministro, el cual hacía pesar la responsabilidad de los conflictos ocurridos sobre nuestro gobernador militar de Ceuta, cuyas salidas, que él tachaba de impolíticas, aumentaban el fuego de la sedición entre los campesinos y entorpecían los trabajos del gobierno marroquí.

Por éste tiempo murió el rey Ab-Errajaman, siendo proclamado en Fez y Mequinez su hijo Sidi-Mohamed, que á la sazón estaba en Marruecos; por lo cual se entorpecieron bastante las negociaciones á causa de los trastornos que siempre ocurren en el Imperio á la muerte de sus soberanos.

Aun cuando en aquella época nuestro país estaba muy mal mirado en Marruecos, y su gobierno no nos consideraba en estado de emprender una guerra, tampoco ellos podían sostenerla con desahogo, cuando sus kábilas andaban inquietas y no bien sometidas; de suerte que, alarmados por nuestra enérgica actitud, cedieron á todas las reclamaciones, deseosos de conservar la paz y buena amistad con el Gobierno español, consintiendo que los límites de la plaza de Ceuta se ensancharan hasta los parajes elevados más convenientes para la seguridad y desahogo de dicha plaza.

En vista de esto, nuestro representante en Tánger pidió que, como base de deslinde, se fijara la Sierra-Bullones; pero como esto abarcaba una extensión de tres leguas, la cuestión, que ya parecía satisfactoriamente resuelta, volvió á agriarse, haciendo constar los moros que habían hecho concesión tras concesión tres veces consecutivas, y protestaban contra nuestro cónsul por las consecuencias de su conducta, que encontraban en desacuerdo con lo que les había dicho de palabra y por escrito.

Inglaterra, que desde el principio de este siglo ejercía en Marruecos una no disputada influencia, ofreció á nuestro Gobierno sus buenos oficios para el caso en que no tuviesen solución satisfactoria las cuestiones pendientes con Marruecos, pues á sus miras no convenía una guerra cuyo resultado no era dudoso y cuyas consecuencias calculaba el gabinete inglés más beneficiosas tal vez para nuestro país que lo que en realidad han sido.

Picado por la actitud enérgica de nuestro Gobierno, que no admitió sus buenos oficios, el inglés declaró que miraría como una cuestión grave cualquier ataque de las fuerzas españolas contra los puertos del Imperio de Marruecos, y especialmente contra Tánger, llegando el caso de amenazarnos con que la marina inglesa protegería á Tánger si los buques españoles rompían las hostilidades contra aquella plaza.

Nuestro Gobierno declaró que no llevaba á Marruecos miras de conquista, proponiéndose únicamente obtener por negociaciones amigables ó por la fuerza la reparación de los agravios inferidos por los moros de Ceuta, y obtener garantías del Sultan para la conservación de aquella fortaleza, sin que por esto se entendiera que su ánimo, al ensanchar los límites de Ceuta, fuera el de ocupar en el Estrecho punto alguno cuya posesión pudiera proporcionar á España una superioridad peligrosa para la navegación.

Tranquila Inglaterra sobre este punto, que era lo único que la interesaba, no puso más obstáculos, y la guerra se declaró con gran entusiasmo en el Palacio del Congreso el 22 de Octubre de 1859, dando principio las operaciones el 22 de Noviembre y terminando el 25 de Marzo de 1860.

Desde entonces, y merced á los esfuerzos y energía de nuestro representante en Tánger, Sr. Merry y Colom, nuestro prestigio en Africa creció, dando celos á Inglaterra, cuya influencia, tenazmente combatida en todos terrenos, no es ya lo poderosa que era antes de nuestra feliz campaña.

Muerto Mohamed en Marruecos el 11 de Setiembre de 1873, subió al trono su hijo Muléy-Asan, que actualmente reina, no sin haber tenido que sostener una larga lucha con sus pueblos, entrando en Fez, donde se consagró despues de un obstinado sitio.

Esta es, á grandes trazos y como conviene á los estrechos límites de una carta, la historia del país donde acabo de poner el pié.

Réstame sólo dar á usted algunos datos acerca de la ciudad de Tánger.

Situada sobre unas verdes y pintorescas colinas que, sirviendo de apoyo al cabo Espartel, son la africana orilla del Estrecho de Gibraltar, es su situación de 30° latitud Norte por 8 de longitud Oeste, y dista de Cádiz próximamente unos 94 kilómetros.

Su poco segura bahía la frecuentan sólo algunos vapores que hacen la carrera desde Londres ó Marsella hasta las Canarias, tocando en todos los puntos del litoral marroquí, el correo frances de Oran, los vaporcitos que sirven la carrera de Gibraltar, y algunos buques de vela, que en su mayor número son faluchos españoles.

Por su proximidad á España y por ser la residen-

cia del ministro del Negocios extranjeros del Sultan y de los embajadores europeos, es Tánger la ciudad más importante del Imperio, casi su capital.

Su población puede estimarse en 18 ó 20.000 almas, entre las cuales seguramente habrá 2.000 ó más españoles arrojados allí por las necesidades del comercio, por la miseria, y el mayor número por las convulsiones políticas que destrozan nuestra patria.

Esta gente se ocupa en el comercio al por mayor ó por menor y en industrias tales como carpintería, zapatería, etc.

Los principales artículos de exportación son bueyes, cueros, lana y cera en cortas cantidades, astas y dátiles.

No há muchos años las sanguijuelas eran el primer artículo de exportación; pero hoy, ó no salen, ó es en tan corto número, que no merece la pena de fijarse en ello.

En cambio de estos artículos, se reciben de Europa tejidos de algodón y de lana, café, azúcar, té, hierro, cobre, petróleo, seda, droguería y cuantos objetos y artículos son necesarios para la vida de los europeos.

La ciudad, como usted sabe, se llamó antes *Tingis*; fué edificada por los Bereberes ó Berberiscos, y arruinada por los Árabes cuando se apoderaron de este país, que durante la dominación romana se llamó *Tingitania Mauritania*.

*Seddeb-Ben-Had* la reedificó no lejos de la antigua *Tingis*, cuyas ruinas se ven hoy en la playa, y por corrupción la llamó *Tangia*, cuyo nombre entre los moros lleva, y del cual hemos hecho nosotros *Tánger*.

Apénas se instalaron los moros en su nueva conquista, movidos por el poderoso instinto de la conservación, enviaron varias expediciones á nuestras costas, siendo la más importante una que, compuesta de 170 velas, salió de Tánger á instigación de Ervijio, que de este modo pensaba arrancar la corona de las sienes de Wamba; pero esta formidable armada, despues de asolar las costas de España, fué derrotada por los Godos, los cuales, comprendiendo que la nación que habite en una de las orillas del Estrecho tiene que poner el pié en la otra si quiere vivir tranquila y libre, pasaron á Africa y se enseñorearon de toda la Tingitania.

La traición del gobernador de esta provincia, el célebre en nuestras leyendas conde D. Julian, y su teniente Requila, las puso con todo el reino de los Godos en poder del vencedor.

La historia de Tánger no ofrece nada de particular en esta época, hasta que en 1471 cayó en poder de los Portugueses, que ya sin fruto la habían atacado en 1437 y 1463, quedando desde entonces

como capital de las colonias Lusitanas en esta parte del mundo.

En 1662 pasó á la corona de Inglaterra, formando parte del dote que la princesa Catalina llevó á Enrique II; pero como los moros no cesaban de atacar la plaza, teniendo á la guarnicion en constante alarma, como además los gastos eran muchos y poco el beneficio, los ingleses la abandonaron en 1685, volando ántes las fortificaciones y un hermoso muelle de piedra, cuyas ruinas se ven aún entre las olas.

Por último, el 6 de Agosto de 1844 la escuadra francesa, mandada por el príncipe de Joinville, bombardeó la ciudad muy á su sabor, porque los moros abandonaron las baterías á los primeros disparos, y sólo una, compuesta de tres cañones, servida por desertores de nuestros presidios y que aún hoy se llama batería de los renegados, sostuvo el fuego hasta lo último.

Ni por su posición ni por sus medios de defensa tiene Tánger importancia alguna militar, y tal como está hoy caería en pocas horas en poder del primer ejército europeo que por mar ó tierra la atacase.

Sin embargo, en manos de una nación civilizada, por su posición á la embocadura occidental del Estrecho, tendría verdadera importancia marítima.

Las calles de la población son verdaderamente infernales.

Estrechas, sucias, tortuosas, empinadas, no se puede andar por ellas de día sin auxilio de un palo en que apoyarse, á causa del empedrado, que parece hecho á propósito para que los transeúntes se desnuden ó perniquiebren.

De noche el tránsito por ellas es más difícil aún, pues hay carencia completa de alumbrado público.

En cambio, las cercanías, sembradas de casas de recreo edificadas en medio de espaciosos jardines, son deliciosas, y el pintor encontraría á cada paso paisajes tan bellos de forma, tan ricos de luz y color como pudiera desear la imaginación más ardiente.

Gracias á esto y á la novedad que á nuestros ojos ofrece el país, afluyen á él numerosos extranjeros; de suerte que hay buenas fondas y más recursos de los que buenamente se puedan desear.

### III.

Tánger, 17 Julio 1875.

Después de la ligera descripción que en mi anterior hice de la ciudad, poco ó nada tendría que añadir; las costumbres del país tampoco pueden estudiarse aquí de un modo exacto, porque el roce con los Europeos lo ha trastornado todo, igualando y borrando la diferencia de usos, que más adelante encontraremos en todo su vigor.

Tánger puede decirse que es una ciudad de Es-

paña habitada por Judíos, los cuales, por cierto, visten casi todos á la Europea, hablan español, tienen casinos, cafés, billares y hasta teatro, ó por lo ménos un local que de vez en cuando sirve para este objeto.

Los Moros son casi todos empleados del gobierno ó dependientes de los Europeos y Judíos que ejercen el comercio, hablan el español, y como viven del roce con los cristianos, son bastante acomodaticios y nada intolerantes.

Los únicos que se presentan tal como son en sus montañas, con la cabeza enteramente rapada, exceptuando un mechón largo que dejan crecer por detrás y al cual llaman *Mohamet*, sus fornidos y tostados brazos desnudos hasta el hombro, y un gran puñal atravesado en la faja, son los Rifeños que empiezan á concurrir al mercado de Tánger para vender sus géneros ó entrar al servicio de los Europeos.

Aun cuando estos cursos de Marruecos empiezan á civilizarse, llevan, sin embargo, á orillas del Océano los odios y las tradicionales venganzas que muchos años ántes nacieron en las playas del azul Mediterráneo.

Pero si Tánger no es tan marroquí como al principio pudiera uno desear, tiene, sin embargo, un sello particular, una novedad que en vano se buscará en otros países, y como es la capital política del Imperio, en ella puede uno formar una idea de lo que es la Administración marroquí.

El estado político de este Imperio es tan anómalo, tan extraño y desconocido como su historia, su geografía y sus costumbres.

Formada por una heterogénea reunión de pueblos unidos por la fuerza del sable y los fuertes lazos de la religión; sin leyes definidas, sin ideas claras sobre los deberes que respectivamente ligan á los ciudadanos entre sí y al pueblo con el Soberano, la sociedad marroquí es un conjunto monstruoso en el cual no se puede distinguir ningún principio de gobierno, ni sacar ninguna consecuencia exacta que induzca á suponer que obran impulsados por un criterio evidente del bien y del mal.

Su jurisprudencia no constituye como entre nosotros una ciencia; es sólo la observancia tradicional de las leyes inculcadas por Dios en el corazón del hombre.

Sus jueces y gobernantes, al dictar sentencias ó promulgar ordenanzas, se atienen, cuando obran de buena fe (lo cual es raro), á los preceptos del derecho natural, cuyas leyes están archivadas en la memoria y las costumbres de los pueblos, y en su mayor parte escritas en las sagradas páginas del Koran, que por esta razón viene á ser su único código.

Los intérpretes y ejecutores de estas leyes,

es decir, las ruedas que mueven la máquina administrativa del Imperio marroquí, son:

Los *Ulemas* (doctores de la ley), encargados del cuidado de las mezquitas y sus bienes, de hacer y revisar las copias del Koran y explicar los pasajes dudosos de este libro.

Los *Cadies* son jueces de paz y de primera instancia; celebran sus juicios, que son muy someros, al aire libre, y rara es la cuestión que tarda más de un día en resolverse.

Asistido por algunos soldados, el *Cadi* se acurruca en un nicho elevado del suelo un metro y abierto en la pared de una mezquita ó en cualquier sitio público; pone delante una mesita de pino que no tiene más de una tercia de alta, sobre ella un poco de papel, un tintero de asta, algunas plumas de caña, y el tribunal queda abierto.

Llegan los litigantes, se ponen en cuclillas delante del juez, exponen su queja, la apoyan con pruebas y testigos que son examinados en el acto, y el juez, después de escuchar á las dos partes y los testigos de cargo y descargo, que todos hablan á un tiempo á gritos y con gran volubilidad, dicta su fallo.

La sentencia es ejecutiva y se cumple en el acto.

Si versa sobre reclamación de un objeto ó una suma, uno de los soldados acompaña á las partes y obliga á la una á entregar á la otra la cosa en litigio.

Si el juicio es criminal, los soldados se apoderan del culpable, y cogiéndolo de la capucha de la chilaba, que retuercen con fuerza como si lo quisieran estrangular, lo arrastran á la cárcel, si tal ha sido la sentencia del *Cadi*; pero si éste ha mandado que lo apaleen, que es el castigo más usual, lo tienden en el suelo boca-abajo, dos soldados lo sujetan por las manos, apoyando con fuerza sus rodillas sobre la espalda del paciente, mientras que otros dos, pasándole una cuerda por los tobillos, tiran con fuerza, impidiéndole mover las piernas.

Concluidos estos preparativos, se presenta un soldado provisto de unas disciplinas de cuero retorcido, terminando en un nudo cada uno de sus numerosos ramales, y el vapuleo empieza sembrando los golpes desde la nuca hasta las pantorrillas.

El número de azotes jamás baja de veinticinco como mínimum, quedando el máximun al capricho del juez.

Los pobres diablos sufren á veces millares de golpes repartidos en una ó varias sesiones, siendo muchos los que mueren por no poder sufrir el castigo.

Los *Caidés* son los gobernadores civiles y militares de las provincias y ciudades del Imperio.

A su cargo están la policía de sus gobiernos, la defensa del territorio de su mando, el cobro de los impuestos, las relaciones con los Cónsules europeos

y la administración de justicia, teniendo el mismo modo de juzgar é idénticas atribuciones que el *Cadi*, por lo cual entre estos dos funcionarios se suscitan con frecuencia cuestiones de competencia que redundan en perjuicio de sus administrados.

Los *Adules*, escribanos ó notarios públicos, tienen abiertas sus tiendas al servicio del público cuya fe tienen.

No llevan registros ni protocolos, y sus escrituras las hacen en larga tiras de papel.

De los juicios dictados por los *Cadies* y *Caidés*, se puede apelar al Emperador, como jefe supremo que es de la religión.

Esta circunstancia da á los Soberanos marroquíes un poder tan absoluto, que, parodiando á Adriano, pueden decir:

*Marochrum est, ubi imperator est;*

pues no hay cuestión en sus Estados, civil ó religiosa, en la cual no puedan dar su fallo é imponer su voluntad, pues si bien en algunos intrincados asuntos suelen recurrir á los *Ulemas*, es sólo para oír su parecer y robustecer su juicio con la opinión de personas versadas en la interpretación del Koran, que como he dicho, además de ser su libro santo, es su único código.

Después del Emperador no hay más aristocracia que la religiosa, á cuya clase pertenecen los *Sherifes* (santos).

Son estos unos hombres tenidos en opinión de santidad, ya por sus virtudes, ya por descender de otros que merecieron antiguamente igual consideración.

Los que han heredado la santidad de sus mayores descenden de Mahoma ó de algún miembro de su familia: tales son los *Edrisitas*, descendientes de Muley-Dris, fundador de Fez; los miembros de la actual dinastía, que por eso se llama *Sherifiana*; el Sherif de Uasan, que actualmente reside en Tánger, casado con una inglesa, y otros muchos que aun cuando pretenden tener el mismo origen no alcanzan tanta celebridad como los que he citado.

Los que han logrado llegar á Santos por sus propias fuerzas, sin debérselo á sus padres, se llaman *Morabitos* ó santones, y según su modo de vivir se dividen en tres clases.

Unos habitan las ciudades y se emplean en hacer mal de ojo, ó curarlo, según los casos; en practicar la medicina por medio de conjuros, y en hacer amuletos mediante las limosnas que les dan los fieles.

Otros prefieren vagar de ciudad en ciudad, de duar en duar, ejerciendo la misma industria que sus colegas de las ciudades; mientras que los terceros se retiran á los lugares más agrestes y escondidos, haciendo allí una vida ascética que, como á sus

compañeros nómadas ó ciudadanos, les vale el título de santos, que trasmiten á sus herederos.

Los Morabitos ermitaños no son Mahometanos puros, y sin embargo alcanzan igual ó tal vez mayor consideracion que los que al pié de la letra siguen los preceptos del Profeta.

Segun ellos, los cielos, elementos y estrellas tienen algo de la esencia divina; aseguran que ninguna religion puede ser errónea, y que todo hombre á fuerza de ayunos y abstinencias puede elevarse á la categoría de Ángel, y así purificado verse libre de pecar.

¿No es verdad que es muy extraño encontrar en las más escondidas entrañas del Atlas los mismos errores de Espinosa y Molinos, defendidos por hombres que en su vida han oido hablar de ellos?

Esta aristocracia, que el fanatismo musulman hace importante, no tiene, sin embargo, la participacion en el gobierno que á primera vista pudiera creerse.

Como no hay peor cuña que la del mismo palo, el Emperador, en su calidad de Santo, respeta y hace que todos respeten á los demas; pero sus destinos y comisiones las reparté entre sus amigos y favoritos, cuidando con especial cuidado que ningún *Sherif* ocupe una posicion de la cual pueda valerse para perturbar el Imperio.

Para el Emperador todos son iguales; dueño de vidas y haciendas, lo mismo encumbra al esclavo negro á los primeros puestos del Estado, que deja al *Sherif* descendiente del Profeta ejercer los oficios más bajos para ganarse el sustento.

La segunda aristocracia, y por cierto la más influyente, la constituyen los comerciantes (*Tacheres*).

El título de *tacher* es el más honorífico del Imperio, y ninguna persona de distincion, por considerable que sea su fortuna, deja de tener una tienda abierta para merecer tal dictado.

Tal es la importancia que el pueblo Marroquí da al comercio, que no se creería honrar á los representantes de los gobiernos extranjeros si no les llamara *tacher Consul*, *tacher Bachador* (embajador).

El número de Ministros (*Vizires*) que tiene el Sultan varía segun los caprichos ó la mayor ó menor aficion al trabajo que tenga el reinante, pero ordinariamente son dos.

Uno que puede considerarse como Ministro universal, á cuyo cargo están los asuntos extranjeros, la guerra y el gobierno interior del Estado.

El otro de Hacienda, encargado de examinar las cuentas de los administradores de las aduanas, repartir, cobrar los impuestos y tener siempre á disposicion del Sultan las sumas que pida.

Para auxiliar al primero hay en Tánger un Minis-

tro de Negocios extranjeros que, desde nuestra paz con Marruecos, lo es Sidi-Mohamed-Vargas, cuya mision es la de entenderse con los representantes del mundo civilizado que residen en esta ciudad.

Pero como este Ministro no tiene autoridad ninguna para resolver las cuestiones que se presenten, por sencillas que estas sean, tienen que recurrir á su Soberano, del cual no es en realidad más que un intermediario, un buzón por medio del que llegan á manos del Emperador con bastante retraso las reclamaciones de los Representantes extranjeros.

Uno de nuestros más distinguidos diplomáticos, hablándome del Ministro de Negocios extranjeros que S. M. Sherifiana sostiene en Tánger, me dijo un dia.

—Vargas es tan circunspecto, que cuando le digo «Buenos dias» me contesta:

—Escribiré al Sultan para responder á usted.

Esta rueda, que en nuestras administraciones parecería inútil, es de gran importancia para los Moros, que merced á ella logran apartar de la corte á los embajadores y *ganar tiempo*, que es el fin único que en todo caso se propone la política marroquí.

En el campo, que el Sultan tiene dividido por provincias, hay Gobernadores más ó menos obedecidos por las kábilas, que se entienden con el Emperador ó sus Ministros, obrando entre sí con entera independencia y sin más ley que su capricho.

En las ciudades hay tambien otro funcionario que se llama *El Motacen*, á cuyo cargo están los mercados, la tasa, las medidas y la limpieza de la poblacion.

Es un puesto sin sueldo, pero muy estimado por sus pingües emolumentos.

Los administradores de las Aduanas lo eran ántes los Gobernadores; pero desde que esta renta la interviene España, se han nombrado dos para cada Aduana, dotándolos con un sueldo decente, siendo ellos y dos notarios (*Adules*) que los auxilian en sus trabajos los únicos funcionarios pagados que hay en el Imperio, pues la peseta diaria que perciben los Gobernadores de las ciudades no puede considerarse como asignacion formal.

Para el adeudo de los derechos que devengan los artículos de importacion ó exportacion se rigen por el arancel anexo á nuestro tratado de comercio.

Estos administradores rinden cuentas al Vizir encargado de la Hacienda, y por orden suya hacen los pagos á los Gobernadores para atender al sostenimiento de las fortificaciones y otros servicios.

El capitán de puerto (*Reis el marsa*) cuida de los puertos, y sus funciones se limitan á cobrar los derechos de anclaje y vigilar las operaciones de carga y descarga de los buques.

Además de estos funcionarios hay otros muchos con el nombre de *Almines* (administradores) para cada uno de los gremios ú oficios de la ciudad.

Hay, pues, *Almines* de aguadores, de correos, de albañiles, etc.

Conocidas ya las ruedas de la poco complicada máquina de la Administración marroquí, voy á ver si logro dar á usted una idea de su engrane, pues esta es la parte más difícil y embrollada.

El Vizir encargado del despacho universal entiende en todo, desde la más ínfima cuestión local hasta el más intrincado asunto internacional.

El Vizir encargado de la Hacienda es simplemente tesorero del Sultan, que es dueño absoluto de cuanto hay en el Imperio.

Siempre tiene que tener á su disposición las sumas que le pida, y el modo de procurárselas varía según las circunstancias, pudiendo dividirse en tres grupos:

1.º Ingresos ordinarios producidos por rentas fijas.

2.º Producto de las contribuciones.

3.º Embargos, restituciones forzosas y regalos.

Forman el primer grupo los derechos de consumo, que se cobran en las puertas de todas las ciudades, y cuya renta tiene arrendada el Sultan.

Los derechos de compra y venta que se pagan en los *zocos* (mercados) también están arrendados. (Los cristianos no pagan por sus mercancías derechos de puertas ni de *zoco*.)

El alquiler de los edificios que posee el Sultan.

El alquiler de las barcazas que se ocupan en las operaciones de carga y descarga de los puertos y pasaje de los ríos.

Anclaje que satisfacen los buques en los puertos del Imperio.

La renta de tabacos también arrendada; y, por último, los productos de las aduanas.

Constituyen el segundo grupo las contribuciones ordinarias, cuyo importe lo fijan á su capricho, primero el Sultan, y sus subordinados después, en esta forma:

Cuando el Sultan necesita dinero, pide al Vizir de Hacienda la cantidad que estima suficiente, y éste hace el reparto por provincias y pueblos, pero teniendo siempre el cuidado de aumentar la cifra, de modo que aún cuando algunas kábilas no paguen siempre se cubra la cantidad que el Sultan desea, y quede algo para el Ministro.

Los *Kaids* ó Gobernadores de las provincias hacen el reparto por kábilas; los *Chehgs* de éstas por *duares*, y los *Chehgs* de *duares* por familias, siguiendo todos igual criterio que el Vizir de la Hacienda, y lo mismo hacen los Gobernadores en las ciudades de su mando; de suerte que, sin complicados repartos, sin apremios, sin filtraciones, como ahora se

dice, el día fijado, y sin que falte un ochavo, ingresa íntegra la contribución en el Tesoro imperial.

Los particulares pagan doble y aún triple de lo que debían pagar; pero en cambio no cuesta nada el cobro de la contribución, tan dispendioso entre nosotros; y los jefes, desde el *Chehg* de un *duar* de siete *jaimas* (tiendas), hasta el Vizir de la Hacienda hacen su agosto.

El Emperador conoce perfectamente los vicios de este sistema; sabe que todos los que emplea roban descaradamente, pero no se apura, porque justamente en esto funda el tercer grupo de sus rentas.

Cuando un funcionario público cae en desgracia, lo cual sucede siempre que se le ve rico, el Emperador lo hace prender, y á fuerza de tormentos le obliga á declarar dónde tiene escondido sus tesoros, que incontinenti pasan á poder del Sultan, como restitución al Estado, embargándosele luego los bienes en provecho del Soberano, que de esta suerte es dueño de casi todas las fincas urbanas del Imperio.

Unas veces el funcionario destituido y despojado del fruto de sus rapiñas, muere en la cárcel, estrangulado ó envenenado si se acuerdan de él, de vejez ó miseria si lo olvidan; otras vuelve á ocupar puestos elevados y á gozar del favor de su Soberano, que de nuevo lo coloca en posición de rehacer su pérdida fortuna, sin perjuicio de quitársela por los medios conocidos cuando la estima bastante considerable.

Además de las contribuciones, las kábilas y ciudades tienen que hacer un donativo anual en metálico ó mercancías con el título de regalo, para lo cual se cotizan con la igualdad y justicia que ha visto usted en el reparto de las contribuciones.

Igual regalo hay que hacer cuando pasa por una provincia ó ciudad el Emperador ó alguno de sus hermanos ó hijos.

Por lo dicho comprenderá usted cuántas dificultades surgen por cualquier cosa.

Mahoma al escribir su libro no pensó en muchos detalles que sus intérpretes explican á su gusto; unas autoridades chocan con otras, apelando muchas veces á las armas para decidir sus cuestiones de competencia, y los particulares subvencionan á los jueces y de esta suerte fian más en su derecho.

Mucho más pudiera decir á usted sobre esto; pero lo dejo por ahora para prepararme á continuar mi proyectado viaje.

J. ALVAREZ PEREZ.

(Continuará.)

## EDUARDO JENNER.

Hé aquí un nombre al que debe gratitud eterna la humanidad. La historia lo consignará en sus páginas con letras de oro; la poesía embellecerá con fragantes flores su gloriosísimo recuerdo. No va unido á las guerras de conquista, no significa el engrandecimiento por la destrucción; es, por el contrario, el suave aroma que embalsama y vivifica cuanto alcanza.

Las tradicionales brumas del país de Inglaterra fueron la cuna de Jenner; aquel pueblo en cuyos habitantes creó Naturaleza una constancia y tenacidad para el trabajo y una resistencia á la adversidad á toda prueba, al propio tiempo que sin igual valor para emprender las más difíciles y arriesgadas empresas; todo lo cual parece compensar los vivísimos colores de la rosada aurora de nuestro país, á cuyo resplandor han brotado tantos genios del arte.

El año 1749 nació Jenner en Berkeley (Gloucester), y se dedicó á los estudios médicos. Trató de estudiar de un modo algún tanto profundo las causas de las epidemias, y señaladamente la de la viruela, de cuyos trabajos resultó nada menos que el descubrimiento del medio preventivo para librarse de tan mortífera enfermedad, profiláctico el más eficaz que conoce la higiene, y que ha bastado para colocar el nombre de su descubridor en el pináculo de la inmortalidad. También se distinguió en el concepto de naturalista; y buena prueba de ello son los interesantes trabajos sobre las aves, ó sea ornitología, que ha dejado escritos; pero todo palidece al lado del descubrimiento de la vacuna.

Conocida es la gravedad de la viruela. Sabido es que tan mortífera epidemia asoló en la antigüedad pueblos enteros, y fué una de las causas conocidamente productoras del descenso de la población en épocas determinadas. Diferentes habían sido los medios empleados para librar á la humanidad de tan terrible plaga, pero nada ha podido igualar á la eficacia de la vacuna. La inoculación de la misma viruela que en el Indostan practican desde una época muy anterior al Cristianismo, se ha observado que es del todo impotente como medio preventivo. Por primera vez la practicaron en Europa en 1713 los médicos italianos Timoni y Pilarini, y después lady Montagne importó la inoculación á Inglaterra; pero no impidió que en 1727 se viera esta nación diezmada por una horrible epidemia variolosa, en la cual los atacados sucumbían á millares, sin respetar en modo alguno á los precavidos con la referida inoculación de la viruela. A consecuencia de esto se expidió un decreto prohibiendo que la practicase todo aquel que no tuviera autorización oficial. Más tarde volvió á resucitarse de una ma-

nera más ó menos entusiasta, pero siempre sus resultados poco felices vinieron á entibiar la fe de que estaban poseídos aún sus mayores partidarios.

En España, al decir de la tradición y de la imparcial historia, se usaba la inoculación de tiempo muy remoto en algunas aldeas de Galicia, si bien es cierto que no se propagó en el resto de España hasta el año 1771. Su eficacia fué objeto de acalorada controversia, á la que vino á poner término el descubrimiento de la vacuna.

Presentósele á Jenner ocasión de observar en Berkeley que los ordeñadores de vacas contraían un contagio especial que les libertaba de padecer en lo futuro la viruela. Tal fué la idea que le inspiró inocular una pequeña cantidad del virus existente en las glándulas mamarias de las vacas, á fin de conseguir la indemnidad en el padecimiento de la referida enfermedad. En dichas glándulas se desarrolla una erupción llama *cow-pox*, palabra cuya etimología inglesa es vaca viruela, y en las pústulas ofrece un pus cuya introducción en el torrente circulatorio produce tan maravillosos resultados. Publicó Jenner su descubrimiento, no sin haber practicado algunos ensayos previos; y aun cuando estos efectos eran más ó menos empíricamente conocidos por los labradores de los campos del Gloucestershire, nadie puede arrebatarse la gloria al autor que nos ocupa de llevar su ilustre nombre á la cabeza de uno de los más grandes descubrimientos de la ciencia.

No le faltaron á la vacuna, como á toda novedad, grandes impugnadores y decididos adversarios de su planteamiento; pero la innegable fuerza de los hechos se abrió paso á través de las preocupaciones vulgares, á la manera que el impetuoso torrente arrolla cuanto se opone á su imprescindible carrera. Así es que los esfuerzos de los antagonistas que se obstinaron en querer demostrar los imaginarios riesgos de tan inocente operación, fueron victoriosamente combatidos por la irresistible elocuencia de los resultados, que á toda hora estaban en abierta pugna con la opinión de los contrarios á la vacunación. Así es que Guillermo Woodrille publicó en 1799 una no escasa estadística, donde se consignan los felices resultados, debidos á la vacuna, y, en su consecuencia, se fundó un establecimiento de vacunación en Inglaterra, y las principales poblaciones de Alemania no tardaron en imitar esta conducta, para que después España y Francia las secundaran.

Tan felices resultados habían de colocar forzosamente el nombre del autor del descubrimiento á grande altura. Los soberanos colmáronle de honores; las sociedades científicas de Europa se apresuraron á honrarse inscribiendo su nombre en el número de sus individuos; los hombres doctos de Inglaterra acuñan en su honor una medalla; el Parlamento le otorga cuantioso premio pecuniario, y la

emperatriz Catalina II de Rusia le regala uno de los más preciosos diamantes que adornaban su cuello. Nada parecerá exagerado de cuanto se tribute á uno de los grandes bienhechores de la humanidad.

En nuestro país tardó algo más en generalizarse el empleo de la vacuna; pero no bien se conocieron sus grandes resultados, se propagó con rapidez extraordinaria y de una manera que no ha tenido igual en país alguno. En España ha sido también donde ha tenido la vacuna el más sublime de sus cantores en uno de los primeros poetas de nuestro Parnaso. El gran Quintana, el Tirteo español, el cantor de la imprenta, de la hermosura y del mar, el biógrafo del Cid y de Guzman el Bueno, del Gran Capitan, de Cervantes y de Melendez Valdés, consagró su inspiracion también á ensalzar la propagacion de la vacuna en América, juzgando muy digno de su lira un asunto que tanta trascendencia ha traído á la vida de los pueblos.

Jenner murió en 1823. Ejerció la medicina con bastante aceptacion en su patria, y publicó algunas obras, además de las ya referidas, sobre ramos diversos de las ciencias naturales (1).

Todas las objeciones que á la vacuna se han hecho son de escasísima importancia. La afirmacion de que existen otras clases de enfermedades tan graves como la viruela desde la propagacion de la vacuna, es un aserto que está muy léjos de haberse demostrado. La degeneracion de la especie humana es también otra de las falsas razones que han aducido los opositoristas de la vacuna. Con todas nuestras fuerzas protestamos contra esa idea errónea que sólo puede tener cabida en los cerebros de los que ciegamente se oponen á todo espíritu de reforma sin examinar sus ventajas.

La accion de la vacuna sólo se extiende á los quince años próximamente despues de haberse practicado; pero la revacunacion obvia de un modo completo esta desventaja. Por eso los buenos Gobiernos deben á todo trance propagar la vacuna, facilitando su adquisicion á todas las fortunas, suministrando medios de poseerla aún á las clases indigentes y ordenando la revacunacion de las tropas. Debe sí cuidarse escrupulosamente de la perfecta salud de las vacas de que se extrae, pues de lo contrario pudiera llevarse el germen de una terrible enfermedad, como el carbunco, en vez de proporcionar salud perfecta, á los que se aplique.

De todas suertes, el nombre de Jenner durará lo que el mundo, y la nacion inglesa puede contar entre sus glorias el haber sido la patria de tan ilustre bienhechor.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

(1) La obra que más se conserva de Jenner lleva el siguiente título: *Inquiry into the causes and effects of the variolæ vaccinæ (cow-pox).*

## CATALINA GEERTS.

William Benton, uno de los jóvenes más ricos de Nueva-York, salía cierta noche de invierno de un café del *Broad-way*. Aunque el frío era extremado y empezaba á nevar, William se había decidido, afortunadamente aquella vez, á ir á pié hasta su casa, porque sentía la necesidad de que el aire disipase los vapores del vino y de una espléndida cena, y calmase la agitacion producida por una considerable pérdida en el juego.

Hemos dicho que afortunadamente aquella noche se había decidido el joven á ir á pié, porque la costumbre que tienen las gentes ricas de salir siempre en coche, es causa de que ignoren muchas miserias cuyo espectáculo escapa á sus ojos, que apenas tienen tiempo de fijarse en el pavimento de las calles, así como el ruido de las ruedas les impide escuchar muchos sollozos y muchos gritos de desesperacion. Los que, por el contrario, van á pié y atraviesan lentamente las calles y las plazas, se ven más expuestos á presenciar ó descubrir á cada paso una miseria, un pesar ó un sufrimiento.

Los ricos no conocen las ocasiones que pierden en hacer bien. Si así no fuera, estamos seguros de que de buena gana y con mucha frecuencia dejarían descansar á sus caballos.

William Benton jamás había pensado en lo que acabamos de decir. Hijo de uno de los más opulentos comerciantes de Nueva-York, había sido educado en las costumbres del lujo y los placeres; y habituado á encontrar siempre un coche esperándole á la puerta de cualquier casa á donde iba y en todos los sitios en que se detenía, le usaba á todas horas sin la más leve preocupacion. Pero por indiferente que fuese ó pareciese ser á las infinitas miserias que encierran las calles de Nueva-York, podía ser contado entre los ricos de que ántes hablábamos, cuyo número felizmente no es escaso en ningun país del mundo, que consideran como el mejor privilegio de la fortuna el de poder socorrer á los pobres. Participaba el joven Benton, en este punto, de los buenos sentimientos de su familia, para la cual la beneficencia estaba á la órden del día. Era en toda la extension de la palabra un excelente joven, á pesar de su vida disipada. Generoso, sensible, lleno de nobles inspiraciones y de arranques simpáticos, se hacía querer de cuantos le conocían; y á los diez y nueve años, que es la edad que tenía en la época á que se refiere el principio de nuestro relato, contaba ya con más amigos que llegan muchos á reunir en toda su vida.

Las calles de nueva-York estaban desiertas á la

hora en que William las atravesaba con el cuello de la capota levantado y con las manos ocultas entre los pliegues de su largo abrigo. Cuando se acercaba al Banco, en el barrio de Wall-street por el que diariamente, de la mañana á la noche, circula en todas direcciones un inmenso gentío y un río de oro, y donde se entablan por millares los negocios de todas clases, llegaron á su oído estas palabras: «Maíz caliente.»

Pero en aquella frase, en aquella exclamación, había algo de lúgubre y desgarrador. Los labios que la habían articulado parecía que apenas podrían murmurarla de nuevo. Se hubiera podido creer que el frío los había helado, ó que el hambre les había quitado todo movimiento.

Aunque acostumbrado á oírla repetir, hasta en las altas horas de la noche, William se sintió tan impresionado por la angustia, la desesperación y el decaimiento de la voz que acababa de hacer aquel llamamiento á la caridad, que se dirigió rápidamente al sitio de donde había salido el grito. Al acercarse vió sentada, ó más bien hecha un ovillo en el dintel de una de las puertas del Banco, á una pobre niña de doce años de edad próximamente. Un mal manto de lana gris, todo lleno de girones, eubría á duras penas su cuerpo, á pesar de la postura que había adoptado la infeliz. Cuando trataba de cubrirse la cabeza, dejaba sus piernecitas, completamente desnudas, expuestas hasta las rodillas al frío glacial de la noche. Y si extendía el miserable abrigo sobre sus miembros inferiores, dejaba la cabeza al descubierto. Sus cabellos negros, que caían en largas trenzas sobre su espalda descarnada y amoratada por el frío, se hallaban cubiertos de nieve.

¿No era una ironía de la suerte que aquella desgraciada hubiera ido á refugiarse y á dormir á las puertas del templo de la riqueza?

La pobre niña se había despertado maquinalmente al ruido de los pasos de William, y había lanzado instintivamente y por costumbre el grito de: «Maíz caliente.»

Cuando William se halló junto á ella, sin fuerzas para poner en movimiento sus entumecidos miembros, añadió con lastimero tono y estirando el manto hácia la cabeza:

—Caballero, compradme un poco de maíz; está muy calentito.

La venta del maíz cocido es una industria nocturna que los muchachos pobres y los bohemios de la imperial ciudad ejercen en Nueva-York. Es una manera disfrazada de pedir limosna. Y así es que hay allí tantos que pregonan «maíz caliente» como vendedores de cerillas y periódicos vemos á todas horas en la Puerta del Sol y por las calles más concurridas de Madrid.

El joven Benton examinó detenidamente á la in-

feliz vendedora. Y ésta, fijando en él sus grandes ojos azules, rodeados de un círculo negro, y en cuyas miradas había algo de idiotismo y de dulce á la vez, dijo de nuevo:

—Compradme algo, señor, os lo suplico.

Diógenes, de cínica memoria, calumnió al corazón humano el día en que, sorprendido pidiendo limosna ante una estatua, contestó: «que se acostumbraba á ser desatendido.»

William echó mano al bolsillo y sacó un dollar en oro que entregó á la pobre niña. Esta se levantó como movida por un resorte y, examinando la moneda, dijo:

—Caballero, no tengo para cambiar. Esta noche no he vendido ni el valor de un céntimo.

—¿Cuánto importará lo que llevas en tu caldero?

—Quince céntimos á lo más.

—Entonces nada te quedo á deber,—repuso William.

—Y apoderándose del caldero, vertió en medio del arroyo el pretendido maíz caliente que estaba á la sazón completamente frío.

—¿Qué haceis, caballero?—exclamó la niña rompiendo á llorar.

—Impedir que continúes en tan miserable oficio.

—¿De qué viviré entonces? Porque habeis de saber, señor, que si cómo un pedazo de pan por las mañanas es á condicion de entregar por las noches doce céntimos... sino...

—¿Qué?...

—Sino, me pegan por el pronto, y al día siguiente me dejan sin desayuno. Eso precisamente me ha sucedido esta mañana. Y todavía estaría sin probar bocado á no ser por un honrado trabajador que al verme coger un pedazo de manzana que él había arrojado á la calle, me dió una entera y un céntimo con el que compré pan.

—¿Dios mio!—exclamó William,—acabo de perder en el juego mil dollars, y he visto perder más de veinte mil esta noche, á varios de mis amigos!... ¿Y quién explota de ese modo tu juventud y tu tiempo?

—Mi prima Hartman.

—¿Con qué derecho dispone así de tu vida? Pero ¿qué es eso, tiemblas?... De frío, sin duda. Vamos, hija mia, ven á abrigarte con mi capote. Te acompañaré hasta tu casa, y por el camino me contarás tu historia. ¿Vives lejos de aquí?

—En los Cinco-Puntos, señor.

Los Cinco-Puntos forman en un extremo de Nueva-York un barrio especial, donde se agitan mezclados la miseria y los vicios de la gran ciudad.

La joven vendedora de maíz se cobijó bajo la capota de William, estrechando fuertemente en su mano derecha la moneda de oro con que éste había pagado generosamente el contenido de su caldero. Sus entumecidas piernas se soltaron al calor que

William le proporcionaba, por más que sus piés se cubriesen de nieve hasta el tobillo.

## II.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó William.

—Catalina Geerts. Mi padre y mi madre eran de Alemania. Vinieron aquí muy jóvenes, con esperanza de hacer fortuna, pero en vano lo intentaron. Yo he nacido en este país, y mi venida al mundo, que debió ser causa de alegría para mis padres, fué una carga penosa y un motivo más de desesperacion. Mi padre no pudo soportar con resignacion la miseria que mi nacimiento aumentó, y murió lleno de pesar. Mi madre le sobrevivió muy poco tiempo, y yo quedé confiada al cuidado de mi prima Hartman, que había sido amiga de mi madre y que le ofreció educarme y ponerme á ganar el sustento honradamente con el trabajo. Pero la pobre no había contado con su marido; un malvado y holgazan por quien hoy se ve reducida á recoger trapos en las calles, y vive, como os he dicho, en el barrio de los Cinco-Puntos. De buena y cariñosa que era, se ha hecho, á fuerza de infortunios, brusca y mal intencionada. Muchas veces le he suplicado que me hiciera aprender á trabajar, pero ha sido inútilmente. Siempre se ha negado, diciéndome que ganaría mucho más dinero vendiendo maíz por las calles. Y para obligarme á ello me exige que le lleve todas las noches doce céntimos, y me pega y me deja sin comer si no lo hago.

—¡Ah! si mi madre viviera,—exclamo, al fin, la pobre Catalina sollozando,—no sería yo tan desgraciada y tal vez sabría hoy trabajar.

—¿Tienes grandes deseos de aprender?

—Sí, señor, muy grandes. Yo creo que las gentes que trabajan son felices, y ganan algunas veces bastante dinero, mientras que yo... ¡Ah! caballero, me consideraría dichosa si aprendiera á trabajar, pero...

—Si estás bien resuelta, yo te proporcionaré esa dicha.

—¡Vos!—repuso la niña, deteniéndose de pronto y levantando hácia William sus grandes ojos, que brillaban de alegría y reconocimiento.—Pero no,—añadió enseguida con la tristeza propia del que ve desvanecerse un grato sueño,—mi prima no consentirá.

—Si consentirá,—replicó William;—yo me encargo de eso, tranquilízate. Pero harás todo lo que yo te diga, ¿no es verdad? Escucharás mis consejos...

—Haré cuanto queráis, señor,—interrumpió ingenuamente Catalina.

—Está bien.

—Ya hemos llegado á la casa,—dijo luego la niña, deteniéndose delante de una especie de covacha ó zaquizami.

—Subiré contigo; tengo necesidad de hablar á tu prima.

—Os expondríais, señor, si tal hicierais, á romperos la cabeza. Hay que subir por una escalera de mano, y se necesita estar muy acostumbrado. Además, probablemente hallaríais á mi prima dormida ó quizás borracha.

—¡Borracha!—murmuró William.

—¿No es preciso que se encuentre en ese estado para que sea capaz de imponerme tantas torturas? ¡Oh! no puedo creer que si conservara siempre su razon me martirizaría del modo que lo hace.

—Bien, mañana temprano vendré á verte.

—Muchas gracias, querido señor, muchas gracias por el bien que me habeis hecho.

Y la pobre niña saludó á su protector y penetró en un oscuro y sucio pasadizo, al fin del cual halló una escalera de mano, por la que ascendió á una horrorosa buhardilla entarimada, cuyo techo estaba destruido por algunos sitios.

En aquella cloaca vivían revueltos, confundidos, unos veinte individuos, muestra de cuanto encierra Nueva-York de más abyecto y miserable; gentes de todas profesiones: músicos ambulantes, domadores de fieras, jugadores de taberna, rateros, etc., etc. Además del lugar que allí ocupaba con su mala cama la prima Hartman, tenía derecho á un rincón donde iba arrojando y reuniendo los andrajos que cogía por las calles. Y este monton de basura ó inmundicia era el lecho de la pobre Catalina; lecho que con frecuencia le usurpaban dos ó tres monos de los que habitaban aquella nueva arca de Noé, con los cuales había llegado la niña á familiarizarse.

Catalina llegó á tientas hasta su rincón, y se arrojó sobre el monton de trapos, apretando convulsivamente en el bolsillo el dollar que le había dado William. La infeliz no hubiera deseado otra cosa que dormirse, soñando alegremente con la fortuna que tan fácilmente había adquirido y el risueño porvenir que la esperaba. Pero en el momento en que iba á caer en esa embriaguez del olvido, en que los seres más desgraciados y afligidos encuentran algunas veces la felicidad, le asaltó una idea que le hizo incorporarse con los ojos abiertos. Había pensado que si daba la moneda á su prima, ésta se la guardaría sin tomarla en cuenta los días siguientes en que nada produjera la venta del maíz. De este modo el beneficio de William sería infructuoso para ella, y la intencion de aquél no había sido seguramente que el dollar pasara á manos de la prima Hartman, mucho ménos sabiendo el uso deplorabile que debía hacer de él.

El desconocido le había ofrecido un porvenir lleno de seguridad, del que debía empezar á disfrutar al dia siguiente; pero ¿quién respondía de

que no fuese una vana promesa, sin consecuencia probable, de la cual no dejaría la noche huella alguna en la memoria del joven? Esta reflexión revelaba en Catalina instintos de prevision que en su alabanza consignamos.

En la alternativa en que se hallaba colocada, se decidió á tomar una resolución suprema que hacía suponerla dotada de tanto valor como humillante resignacion y embrutecimiento moral.

—No daré el dollar á mi prima,—murmuró;—le diré que no he vendido nada, y que un coche ha volcado en la calle mi caldero. Esto me costará el que me pegue más que de costumbre; pero mañana tendré con que almorzar bien, y durante algunos dias podré traerle la cantidad que me exige.

Esta mentira de Catalina obedecía, como se ve, al deseo de ahorrarse por algun tiempo los sufrimientos y las lágrimas que constituían su vida ordinaria. Pero el cielo quiso sin duda castigarla por ella y por su falta de confianza en la promesa de William.

Al despertar, sin cuidarse para nada de los monos que saltaban y corrían en torno suyo dando gritos y riñendo unos con otros, echó mano al bolsillo para buscar la moneda, y no la halló. Miró por todas partes con la inquietud que debe suponerse... ¡y nada! Los monos continuaban riñendo y persiguiéndose. Y los huéspedes de aquel inmundo recinto gritaban, juraban y pegaban á los animales. Catalina, mientras tanto, revolvía el monton de trapos, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón oprimido, en busca de su dollar. Pero este no parecía por ningun lado.

—¡Dios mio! ¡Habrà sido todo un sueño?—exclamó la pobre niña dejándose caer con desesperacion y ocultando la cabeza entre sus manos.—No, no, añadió de pronto, no lo he soñado; estoy segura de haber sido acompañada hasta aquí por un desconocido... recuerdo perfectamente que me dió un dollar y que arrojó al medio de la calle mi caldero... ¡Oh, Dios mio!

Las silenciosas lágrimas de la pobre Catalina se convirtieron bien pronto en gritos desgarradores, porque la prima Hartman cuando se enteró de que no sólo no había vendido nada la vispera, sino que tambien había perdido el caldero, se arrojó sobre ella écha una furia, golpeándola cruelmente y arrancándola los cabellos. En vano la infeliz trató de confesar la verdad en medio de sus lamentos y sus quejas. La prima, ciega de cólera, nada oía. Por otra parte, aunque la hubiese oído no hubiera dado crédito á sus palabras.

En aquel mismo momento, el dueño de uno de los monos, que al fin había logrado cogerle, administrándole un correctivo parecido al que Catalina acababa de sufrir, salió precipitadamente del zaquizami.

Hé aquí, en pocas palabras, lo que había sucedido:

Durante el sueño de la niña, se le había caído del bolsillo la moneda y había rodado al medio de la habitacion. En sitio tan visible, los primeros rayos de luz que penetraron por las aberturas del techo la hicieron brillar como una estrella. Y el mono que primero se despertó, deslumbrado por el vivo resplandor del oro, se precipitó sobre el dollar con el asombro y la curiosidad propia de los seres de su especie, haciéndole rodar por el suelo y jugando con él. Atraído un segundo mono por el metálico sonido, quiso arrancar la moneda á su compañero. Y este fué el origen de la riña, las carreras y los furibundos gritos de que ántes hemos hecho mencion, y que no cesaron hasta el momento en que el dueño de uno de aquellos animales, al apoderarse de él, descubrió el dollar entre sus dedos, y se lo guardó inmediatamente.

### III.

William tenía un pariente, hombre de bien, pacífico y de mucha paciencia, que había consagrado su vida á las buenas obras.

M. Bill, que así se llamaba, había fundado en Brooklin, pueblo inmediato á Nueva-York, ó más bien un arrabal suyo, separado únicamente de la gran ciudad por un brazo del rio del Este, un establecimiento industrial, medio escuela, medio hospicio; un refugio hospitalario donde acogía los niños y los adultos que acudían á él, ó que él convertía á la moral y al trabajo.

En los Estados-Unidos, la caridad se ejerce así, por medio de la propaganda y por instituciones, en grande escala.

M. Bill, en los cinco años que llevaba dedicado á tan piadoso objeto, había obtenido algunos buenos resultados. Los desengaños que había experimentado no debilitaron en lo más mínimo su constancia.

William dió cuenta á Bill de su encuentro del dia anterior y de las esperanzas que fundaba en el carácter y los sentimientos de Catalina. Y Bill se ofreció espontáneamente á continuar la buena obra empezada por William.

Juntos, pues, se dirigieron á la casa del barrio de los Cinco-Puntos y subieron al inmundo chiribitil donde habían tenido lugar las escenas que acabamos de referir. Entraron precisamente en el momento en que Catalina se dejaba caer sobre el monton de trapos, bajo la lluvia de golpes que le prodigaba su furiosa prima.

Al apercibir á William, la niña se levantó y dirigió hácia él precipitadamente, exclamando:

—¡Ah! señor, decidle que es verdad. Me han robado el dollar, y ved cómo me pega mi prima...

William y Bill prescindieron del horrible espec-

táculo que ofrecía la cloaca para ocuparse exclusivamente de la suerte de Catalina, á cuyo fin empezaron por imponer silencio á la prima Hartman, que se disponía á entonar una ensarta de injurias contra la muchacha y sus protectores.

—Nos llevamos á esta niña con nosotros,—dijo William.

—¿Y á dónde?—refunfuñó la prima.

—¿Qué os importa? Básteos saber que no volveréis á verla.

—¿Que no veré más á mi Catalina!—repuso la prima;—¡á mi querida Catalina, que es mi consuelo!...

Y al decir esto, la señora Hartman estrechó contra su corazón, en un arranque de verdadera ternura, á la niña, que con los ojos llenos de lágrimas se abrazó al cuello de su prima.

—Me la confió su madre al morir,—añadió luego;—la he criado, la cuido mucho y la quiero. ¿No es verdad que te quiero, Catalina?

Bill conocía demasiado el corazón humano para participar del asombro que manifestaba William por el cambio de la prima Hartman.

Hay momentos supremos en la vida en que el corazón despierta súbitamente, al ver próximos á romperse los lazos que unen dos existencias. Los seres más envilecidos, los más abyectos, los de peor condición, no están exentos de estos cambios repentinos. Los tiranos, como las víctimas del hogar doméstico, experimentan en esos instantes las mismas conmociones.

Bill se extrañó tan poco del enternecimiento de la prima Hartman como de la emoción de Catalina ante la idea de separarse de ella para siempre. La una había olvidado los malos tratamientos que cruelmente aplicaba, y la otra no se acordaba ya de cuánto le habían hecho sufrir.

—Señores,—exclamó la prima,—no la pegaré más en adelante; la querré y la colmaré de caricias como lo hago en este momento. ¿No es verdad, Catalina, que tú tampoco quieres dejarme? ¿A dónde quieren llevarte, hija mía? A una prisión, tal vez... Quieren tratarte como á una vagabunda... No, tú no te separarás de mí...

Catalina, con la cabeza reclinada sobre el pecho de su prima, lloraba amargamente. Su noble corazón perdonaba en aquel momento no sólo las violencias de que diariamente era víctima, sino las que hacía poco que acababa de soportar, de las cuales aún tenía en los brazos y en la espalda tan recientes como bestiales muestras.

Al llamamiento que su prima hizo á su cariño, contestó asegurándole que no la abandonaría.

—Pues ayer,—interrumpió William,—me ofreciste seguir mis consejos y cumplir todas mis órdenes.

Catalina entonces se llevó á los ojos con una

mano el extremo de su falda, y tendió la otra á William, que tiró de ella hácia él. Pero la señora Hartman se asió á las ropas de la niña, gritando:

—¿Cómo es eso? ¿me abandonas, huyes de mí?... No, yo quiero que te quedes conmigo...

—Vamos,—dijo Bill, desprendiendo con trabajo el vestido de Catalina de las manos de la señora Hartman,—sed razonable.—¿Qué habeis hecho y qué podeis seguir haciendo de esta pobre niña? Una pordiosera, una infeliz destinada á arrastrar por las calles la más triste y horrible existencia. Confíadla á nuestro cuidado. Si realmente la quereis, debeis alegraros de verla entrar en un camino por el que llegará á ser una muchacha honrada y laboriosa. Vos prometeis hoy no volver á pegarle, pero mañana olvidariais ya vuestra promesa y le pagaríais de nuevo. Id á mi casa, convenientemente, animada de buenos sentimientos, y entonces os permitiré ver á Catalina con tanta frecuencia como querais.

—Yo supongo,—añadió William con viveza,—que la vergonzosa industria á que condenais á esta niña os reportará algun provecho... Pues bien, tomad... aquí teneis cincuenta dollars para indemnizaros de lo que calculeis que podeis perder privándoos de ella.

La prima Hartman, que pareció no hacer mucho caso de la lógica de Bill, se mostró más sensible al argumento poderoso de William. Miró al joven con asombro mezclado de duda. Pero ésta se disipó á la vista de dos billetes de banco de veinticinco dollars que Benton había sacado de su cartera, y que ella arrancó de sus manos con un brusco movimiento. Del mismo modo, con la misma facilidad y rapidez con que había pasado de su cólera contra Catalina, á una extremada ternura, así olvidó su frenético deseo de conservar la niña á su lado, para entregarse á los sueños de placer que le sugería la vista y la posesión de los cincuenta dollars.

Estas variaciones, esta movilidad de sentimientos, son demasiado frecuentes en las naturalezas incultas y embrutecidas, para que deban causarnos la menor extrañeza.

Catalina fué, pues, abandonada á William.

—Habeis hecho mal,—dijo Bill á su joven pariente,—en dar á esa desgraciada los cincuenta dollars de una vez. ¿Qué uso va á hacer de ellos!

La señora Hartman, que oyó estas palabras, aunque habian sido pronunciadas á media voz, retrocedió algunos pasos, ocultando cuidadosamente los billetes que en aquel instante examinaba por todos lados. Y la prontitud y energía con que había ejecutado aquel movimiento, indicaban bien á las claras hallarse resuelta á defender heroicamente su tesoro.

—¿Qué importa?—respondió William.—Yo no me inquieto por lo que ella haga ó deje de hacer; lo que únicamente me interesa es salvar á Catalina.

—¡Oh! podeis llevárosla,—repuso la señora Hartman.—Desde el momento en que me asegurais que la tratareis bien y que llegará á ser, en poder vuestro, una jóven trabajadora, ni me opongo ni me quejo. Con saber que mi querida Catalina va á ser feliz, lo soy yo desde luego.

Estas palabras fueron pronunciadas con un tono tal de naturalidad y abandono, que cualquiera las hubiera creído sinceras.

—En cuanto á los cincuenta dollars,—añadió la prima,—no tengais miedo de que los emplee mal. ¡Tal vez hay con ellos bastante para hacerse de nuevo mujer honrada!

—Dios os oiga,—murmuró Bill,—y de este modo habrá hecho William dos buenas obras á la vez.

La despedida de Catalina y de su prima fué menos conmovedora de lo que las escenas á que había dado lugar la entrada de los dos desconocidos lo habían hecho suponer.

Dos horas despues Catalina Geerts se instalaba en casa de M. Bill.

Respecto á la prima Hartman, diremos seguidamente, para no tener que ocuparnos más de ella, que, léjos de convertirse, los cincuenta dollars contribuyeron á apresurar el fin de su relajada vida, y que murió en completo estado de embriaguez, sobre un miserable lecho, junto al monton de trapos que ya no se cuidaba de remover ni de aumentar, con gran contentamiento de los monos, sus vecinos.

#### IV.

William había sufrido la ley común á casi todos los jóvenes de los Estados-Unidos, áun á los pertenecientes á las más ricas familias. Como en aquel país la fortuna procede siempre del trabajo, es muy raro que los padres, por más que toleren á sus hijos el darse buena vida, no les exijan al llegar á cierta edad que aumenten trabajando su patrimonio.

William tuvo, pues, que tomar parte en los negocios de su casa, y por la índole de algunos de ellos, se vió precisado á marchar á Inglaterra y de allí á la China.

Seis años hacía ya de esto y aún no había regresado á Nueva-York.

Durante aquel tiempo, Catalina había realizado las esperanzas que la grandeza de su corazon y de su inteligencia había hecho concebir á sus protectores. En el establecimiento de M. Bill aprendió cuanto puede desarrollar el alma de una criatura, y cuanto puede al mismo tiempo ayudar á una mujer á cruzar sin peligro los ásperos senderos de la vida.

Había llegado á ser una obrera muy hábil. Y á los

cuatro años de estar en casa de M. Bill, que ocurrió la muerte de éste, se retiró á una pequeña y modesta habitacion en uno de los mejores barrios de la ciudad.

Era tan bella, tan laboriosa, tan formal, y tan ingenua y sencilla en su alegría, que las más opulentas damas se complacian en llamarla para trabajar en sus casas, gratificándola con esplendidez, ó en subir á su humilde cuarto para encargarle sus vestidos.

Catalina era la costurera más en boga de Nueva-York. Las coquetas y vanidosas no confesaban que sus trajes fueran confeccionados por ella, y los atribuían á dos ó tres modistas de gran renombre, que explotaban de buen grado esta comedia. Pero el secreto era, sin embargo, conocido de todo el mundo.

La madre y las hermanas de William eran las únicas quizás que tenían el buen gusto y la franqueza de hacer pública su preferencia á Catalina.

Acaso era debido al recuerdo de la buena accion llevada á cabo por William. Pero el resultado era que la jóven encontraba en casa de Benton la acogida más afectuosa.

Por la mayor parte de las familias americanas, las obreras llamadas á trabajar son tratadas con las mismas consideraciones que las demas personas, siempre que por su educacion y su conducta sean dignas de ello. Así es que comen y toman té con los señores. Y esto se explica, no tanto por la abolida práctica del principio de igualdad, como por el homenaje que en aquel país se rinde al trabajo realizado por el buen comportamiento. Donde más se observa esta costumbre es en los Estados del Norte y del Este, sobre todo en los primeros, donde hasta los criados de ciertas condiciones comen algunas veces en las mesas de sus amos.

Catalina, además, tenía un aspecto bastante distinguido para no desdorar con su presencia ninguna de las mesas donde con gusto le reservaban siempre un asiento.

Por su belleza, su agradable carácter, su talento y la distincion de sus modales, rivalizaba con las señoritas de las mejores casas. Ninguna, por lo ménos, hubiera sabido llevar con tanta gracia como ella sus sencillos trajes, á los que la elegancia natural de su persona daba un valor y un lucimiento extraordinarios.

El sello de idiotismo y dureza que la miseria y los sufrimientos físicos habían impreso en sus facciones, fué reemplazado por una expresión de dulzura angelical. Sus miradas tenían un encanto irresistible, y sus hermosos cabellos negros, recogidos en bucles, hacían resaltar la deslumbradora blancura de su rostro.

Hacía seis años, segun hemos dicho, que William

se hallaba ausente de Nueva-York, y su familia llevaba un mes próximamente esperando de un momento á otro su regreso.

Catalina, que jamás había abusado de las ofertas de la señora Benton de que siempre encontraría en su casa ocupacion, no quiso entónces abandonarla, por asistir á la fiesta que se preparaba con motivo de la vuelta de William, en la cual la agradecida jóven deseaba tomar parte.

Preciso será decir que á la gratitud se unía otro sentimiento que había brotado espontáneamente en su corazon. Acostumbrada en medio de aquella familia que idolatraba á William, tan amante hijo como cariñoso hermano, á oír constantemente los mayores elogios de sus cualidades y su mérito, había llegado á apasionarse de él. Y este amor había echado raíces en su alma, porque se entregó á él francamente y con toda decision. Pero tuvo, sin embargo, buen cuidado en ocultar á la familia Benton la naturaleza de su inclinacion y afecto hácia William, dejándole ver únicamente como hijo de la gratitud. Por eso, á la vez que se regocijaba de la próxima vuelta del jóven, se entristecía al pensar que quizá su cariño no hallaría eco en el corazon de William, y que el regreso de éste á su casa, donde ella no había encontrado hasta entónces más que sonrisas, sería tal vez la causa de muchas lágrimas y algunos desengaños.

Acaso habrá quien tache á Catalina de ambiciosa por soñar en la posibilidad de ver satisfecho su amor. É indudablemente, bajo el punto de vista de las costumbres europeas, la aspiracion de la jóven sería una excepcion de la regla. Pero de ningun modo lo es en aquel país, donde la influencia de las grandes leyes de igualdad autoriza toda alianza, sin distincion de clases, siempre que el hombre ó la mujer á quien el casamiento eleva de la pobreza ó la oscuridad á la fortuna y el esplendor, sean dignos de ello por su comportamiento y sus cualidades.

Las mismas causas que hacen admitir á una obrera honrada, inteligente y de buena educacion en las mesas de las más ricas familias, justifican y legitiman el deseo que ella puede alimentar de entrar en aquellas familias por la gran puerta del matrimonio.

Lo que aquí constituye la regla general es allí la excepcion; así como la excepcion de aquí está expuesta á ser la ley comun en aquella nueva sociedad.

Catalina podía temer, en primer término, no hallar en William lo que esperaba; y en segundo, ser desairada por la familia, á pesar de las demostraciones de cariño que de ella recibía á cada paso.

M. Benton tenía el orgullo de su inmensa fortuna, adquirida honradamente. Pero olvidaba por su gusto

lo distante que se hallaba, en la escala á que tan alto había subido, del punto de partida. Porque, en resumidas cuentas, no era más que hijo de un simple marinero desertor, y había empezado por ser mozo de carga en los muelles de Nueva-York. Y si entre las personas que llegan á elevarse hay alguna razon para desear seguir elevándose siempre, y no tomar otro punto de partida para sus hijos que el que para ellas ha sido de llegada, en los Estados-Unidos, donde la riqueza es la única distincion de clases, se acostumbra ménos que en ninguna parte, y es ménos permitido á cualquier hombre, olvidar ante la pobreza honrada lo que él era ántes de llegar á su deseado fin.

M. Benton no razonaba siempre de este modo, y Catalina había oido de sus labios, respecto á este particular, doctrinas que habían hecho estremecer su corazon.

Y, sin embargo, por grande que fuese la fortuna de M. Benton, no dejaba de estar, como muchas otras de aquel país, expuesta á desaparecer el día ménos pensado.

Además, en aquella ocasion pesaba sobre América una crisis comercial bastante grave, y las relaciones que tenía en todos los países del mundo le hacían experimentar muchas veces inesperadas borrascas en sus negocios. Esto, sin contar con que hacía ya algun tiempo que recibía de varios puntos noticias alarmantes. Pero aún se hallaba muy léjos de la catástrofe con que quizá soñaba Catalina, que interiormente se complacia en considerar su humilde morada como un puerto de refugio para los náufragos de la fortuna.

—Hago mal,—se decía,—en esperar tan funesto desenlace. Soy muy egoista al desear tales desgracias á personas que tanto me quieren. No, aunque yo tenga que sufrir las mayores humillaciones, no debo desear la ruina y el llanto á esa excelente familia. ¿No sería William el primero que participara del desastre? ¿Quién sabe si él sería tan dichoso viviendo pobre á mi lado, como rico sin mí?

Debemos confesar, sin embargo, que las malas ideas no ocurrían á la jóven más que cuando M. Benton se mostraba con ella demasiado orgulloso. Despues, una palabra, una sonrisa, una caricia de su esposa ó de sus hijas bastaba para alejar de su imaginacion todo pensamiento de egoismo.

JAVIER EYMA.

(Concluirá.)